

SEMANARIO POLÍTICO
SE PUBLICA LOS JUEVES
Redacción y Administración
ALBERTO AGUILERA, NÚM. 12
Número suelto 10 cts.

EL MOTÍN

SUSCRIPCIÓN
Madrid. 1,50 pts. trimestre, Año 5
Provincias. 1,80 trimestre, Año 6
Ultramar y Extranjero. Año 10
PAGO ADELANTADO
Corresponsales: 25 números 1,50

Año XXX

Madrid, Jueves 12 de Mayo de 1910

Núm. 18



SI VOLVIERA AL MUNDO, ¿REPRODUCIRIA LA ESCENA?

¿POR QUÉ NO TE CONFIESAS?

Así se titula la tercera "Hojita piadosa" que acaba de reartirse.

Las elecciones

MADRID

Ha triunfado la candidatura republicana completa, sacando cada candidato los siguientes votos:

Pérez Galdós.	42.028 votos.
Esquerdo	41.515
Salillas	41.518
Pi y Arsuaga.	41.310
Soriano	41.243
Iglesias.	40.720

El monárquico que más, ha obtenido 31.573.

BARCELONA

Ha triunfado, por más de 31.000 votos, la candidatura radical: son, pues, diputados Lerroux, Soy y Ortega, Ginier de los Ríos, Emiliano Iglesias y Toribio Sánchez.

Por la izquierda catalana, Vallés y Ribot y Corominas (D. Pedro).

VALENCIA

Han sido elegidos Azzati y Barrado.

A la hora de cerrar este número se tienen noticias oficiales del triunfo de los republicanos siguientes: Por Bilbao, Hroacio Echevarrieta; por Zaragoza, Alvaro de Albornoz; por Huesca, Miguel Moya; por Málaga, Sol y Ortega y Armaza; por Lérida, Francisco Maciá.

En el próximo número daré la lista completa de los diputados republicanos.

Sobre los laureles

Pueblo republicano: Eres un héroe. Cuando no han podido vencerte las corrupciones monárquicas ni desalentarte las locuras criminales de ciertos republicanos, eres invencible.

Cuando la paz doméstica, necesaria para el triunfo, reclamaba silencio, callaste. Debía responderse á Maura y al Vaticano; debía responderse al mundo afirmando con toda expresión tu personalidad, voluntad y conciencia; debía notificarse á Canalejas la impresión producida hasta aquí por sus radicalismos verbales sin fin y por sus pietismos prácticos sin cuento. Esto has hecho, Pueblo madrileño, con abnegación heroica, con discreción que te capacita para mayores empresas.

Si Canalejas entiende el francés y el dialecto democrático, en el triunfo republicano del domingo podrá descifrar esta inscripción:

Sier nous vous prions respectueusement de foutre le camp signé le peup e.

Y al hacer la traducción podrá medir la parte que les toca á El, al Nuncio y á otros en la respetuosa tarjeta del Pueblo.

Calló El Motín, cuando era hora de callar; hablará desde hoy, porque es hora de hablar.

No te duermas sobre los laureles, Pueblo. La Humanidad, la civilización y España tienen un enemigo, declarado tal por el jefe del Gobierno: el clericalismo.

Pero la república y el partido republicano tienen otro enemigo: el ambicionismo.

Cuanto hay de partido y de espíritu republicano en España, ha sido fruto de la inmoralidad monárquica y del impulso popular; sus directores han hecho lo que han podido para destruirlo.

Muchas victorias ha logrado el Pueblo; sus directores no cuentan más que derrotas.

¿Para qué han servido las actas republicanas, con la inmunidad y demás privilegios, más que para saciar con la aquiescencia aparente del Pueblo, las caídas de abismo en abismo en que ha sido precipitada España, hasta ver entronizado en Gobernación el escarnio del Pueblo y ese maniquí de la Inquisición llamado Cierva, oprobio del siglo xx y baldón de la raza española?

¿Qué inmoralidad se ha impedido por los que hasta ahora fueron al Congreso? ¿Qué responsabilidad ministerial se ha hecho efectiva? ¿Cuál agio ha sido debidamente condenado?

¿Y á qué enviabas, Pueblo, á las Cortes á tus representantes, sino para poner á todo costa tu veto á este asesinato de la Patria, haciendo efectivo el Derecho Constitucional jurado por reyes, ministros y empleados?

Si los gobiernos han atropellado este derecho y se han declarado irresponsables, los representantes del Pueblo tenían como única misión impedir la usurpación de esta irresponsabilidad é inviolabilidad de los gobiernos para los atropellos del Derecho: y al no haber cumplido esta misión, han claudicado por ineptia ó por impotencia.

Y de tal modo han usado de esta representación popular, que también ellos se han atribuido la irresponsabilidad é inviolabilidad de su conducta, convirtiendo la investidura pública en feudo patrimonial y en episcopado vitalicio.

Es hora de poner término á tal anarquía.

La minoría republicana no ha visto los frailes hasta que han hecho su presentación en Monjuich. No ha visto la penetración del clericalismo en el ejército, hasta que se han descubierto los alijos de armas y la construcción de fuertes. ¿Qué han hecho los diputados del patrimonio heredado de la revolución?

S el Pueblo no se decide á exigir responsabilidades á sus representantes,

visto está que ellos no las exigirán de los gobiernos. Urge tomar medidas prudentes, respetuosas y severas para garantizar el cumplimiento del deber, que es, en ellos, hacer efectivo el derecho de todos, enterrado en cárceles, en destierros y en homicidios. Hay que notificarles que no son soberanos señores de la república, sino comandatarios y apoderados. ¿Acaso le basta al Pueblo español ver levantarse sobre sus espaldas unos cuantos personajes que se adornen pontificalmente con su representación, para usarla sin tino ni medida?

El Pueblo republicano es heredero y deudor de un patrimonio, recibido de aquellos que con su sangre, con su dinero, y con el sacrificio de sus familias y de sus carreras, conquistaron palmo á palmo á la reacción los derechos escritos en las leyes. Además es deudor á los venideros, de la libertad que tienen derecho á reclamar de sus padres los hijos del siglo xx. Sobre estos dos atísimos deberes el Pueblo debe promulgar el código moral republicano, severo, apremiante é ineludible, como lo son estos deberes.

Viejos del republicanismo: tenéis obligación de impedir que vuestros sacrificios se evaporen en promesas revolucionarias hechas por individuos que la sienten en la época electoral y que luego se aletargan respirando los humos de los aplausos.

Jóvenes: estáis obligados á exigir de los hombres de hoy que no levanten obstáculos á la labor de mañana.

Hay que intervenir, en nombre del Pueblo, la gestión parlamentaria. Basta de irresponsabilidades á lo monárquico.

Se les ha dado el triunfo en momentos heroicos. Están obligados á ser héroes: han de jurar la heroicidad.

¿No habrá manera de convocar un mitin donde se condense el alma toda del Pueblo español, en el cual los diputados expongan fijamente el programa y juren su formal defensa?

Los elegidos son los más interesados en ello, para vivir compenetrados con el Pueblo y encarnarlo plenamente.

En el pueblo republicano no hay monarcas, ni hay inviolables.

Pueblo: aprende á ser republicano y á gobernarte republicanamente á ti mismo, ejerciendo tu derecho y cumpliendo tu deber. ¿Cómo destruirás los vicios ajenos, si no sabes destruir los tuyos?

¿Has triunfado! ¿Que aquellos que van á administrar tu triunfo no lo utilicen para tu derrota!

¡Brutal y... santa!

Han transcurrido veinticinco años, y sin embargo, lo recuerdo tanto como si hubiera sucedido ayer. Por entonces tendría yo siete años.

Hallábase mi madre sentada en un

sillón, muy bajo y muy toseco, teniendo á sus pies un canastillo lleno de calcetines y retazos multicolores de telas ordinarias. Resolvía asiduamente con la aguja un problema de economía del hogar: el remiendo.

Yo, mis hermanos y otros niños de la vecindad, con gritos agudos, cayendo y levantando, corríamos y saltábamos por toda la casa.

Separándose de nuestra compañía, y el pie sobre el respaldo de una silla, Paco, mi hermano menor, abrió cautelosa la jaula del canario que se mecía bajo la sombra de las enredaderas de nuestro jardín. Yo, á corta distancia, espiaba sus movimientos.

Paco, después de algunas tentativas, logró empuñar el canario; pero al sacarlo de la jaula se le escurrió de entre las manos, elevándose en el aire hasta perderse de vista.

Arriba, muy arriba, batía sus alas con ligereza, como manos que se despiden desde el costado de la nave que va con destino á puertos mejores. Asustado é indeciso corrí á donde mi madre gritando:

—¡Mamá, mamá!...

—¿Qué hay, mi hijito? me preguntó sobresaltada.

—Paco ha abierto la jaula.

—¿Y qué?...

—Que el canario se ha escapado y...

No pude hablar más; rodé por el suelo. Acababa de recibir de la mano de mi madre una bofetada en toda la cara, una bofetada brutal y... ¡santa!

Mientras me limpiaba la sangre que me salía de la boca y la nariz, vi el rostro de mi madre, y me causó miedo. Estaba pálida, cadavérica, las cejas contraídas y derramando lágrimas.

En medio de mi dolor y aturdimiento, pude oír esta palabra de sus labios: —¡Delator!...

Esta palabra la llevo escrita continuamente delante de mi vista, como un centinela de mi conciencia. Y la memoria de esa bofetada no me abandona nunca, y es para mí como la encarnación de un mito, como un emblema divino, como la representación de un símbolo sagrado.

Ese recuerdo es el único que se salva siempre del naufragio del olvido en las continuas borrascas de mi vida.

Pasó el tiempo. Contaba yo veintiocho años de edad.

Una tarde, como otras personas, fui involuntario espectador de un crimen. Se nos citó para comparecer ante la justicia.

El día citado, previas las ceremonias de estilo, dos testigos habían declarado antes que yo. Llegado mi turno, el juez, un hombre antipático, de mirada penetrante, me pidió mi declaración en nombre de la ley.

En la sala de la audiencia había varias personas. El reo, cargado de cadenas y amarrado de los brazos, estaba entre dos esbirros.

Iba yo á contestar cuando súbitamente sentí algo que me hizo llevar las manos á la boca. Sentí un vivo y extraño dolor, sentí en mis labios la bofetada de una mano invisible; sentí la repetición de aquella bofetada con la que mi madre castigó mi primera delación.

¡Caso raro! De mi nariz también salían dos hilos de sangre. Sentí que mi

cabeza vacilaba, que las paredes se movían á mi alrededor.

La cara del reo me pareció la cara de Paco; y volando con mi espíritu hacia el pasado, ví á mi madre pálida, cadavérica y llorosa, y escuche que me gritaba: —¡Delator!...

Perdí el conocimiento. ¿Qué fué aquello?... ¿Nervios, hipnotismo, delirio, auto-sugestión?... ¡No!...

Aquello fué el fruto de la primera lección de mi madre, fué el primer destello de mi alma emancipada, de mi alma libre.

Siempre que tropiezo en mi camino con hombres acusadores, criminales indirectos, delatores, judas atávicos, testigos voluntarios, cafnes inconscientes, me digo:

—Esos no han tenido madre que les haya hecho sentir un bofetada... ¡brutal y... santa!

FRANCISCO A. LOAYZA

Lima.

¡Pobre niño!

En Ibero (Navarra), una mujer devotísima, madre del niño Juan Calat, va diariamente á la iglesia.

Hace poco, estando rezando el rosario, se le abrasó el hijito, que sólo tenía dieciocho meses, y á quien había puesto al cuidado de su hermana, niña de poca edad. Digo tenía, porque no sé si vive aún ó se ha muerto de resacas de las llamas y de la devoción de su madre.

¡Pobre chiquitín! Disfrutó por un instante de los horrores del infierno, mientras su madre estaba agenciándose la gloria.

Y del ángel de la guarda ¿qué? ¿Se sabe si se había ido de paseo?

¡Cuánta estupidez!

LA VIDA DE CONVENTO

—«La vida de convento se pasa en simplezas fúiles, en orgías místicas, en exaltaciones inútiles, que todo viene á ser un desperdicio del tiempo y de la vida.»

—¿Oís? Ferreal no miente. Los novelistas saben decir verdades sinceras. Verdades tristes y amargas como el alma nebulosa de mis hermanas las monjas. Verdades bellas como la vida que abandonan. Hermosas como sus besos perdidos... ¡Las monjas!... ¡Pobres hermanas mías!

Vedlas alineadas en las gradas del altar mayor de la aristocrática capilla con sus albos vestidos de novias ilusorias, descubriendo los seductores perfumes de sus cuerpos de vírgenes sacrificadas. De rodillas en beatífica actitud, escuchan por vez postrera en comunión con el mundo el sacrificio de la misa, en la que celebran sus bodas con el Señor. Con el rostro compungido y los ojos adormitados por el hondo misterio que ante ellas se descubre, oyen el ronco murmullo del sacerdote oficiante mascullando latinajos á granel.

Bellas, atrayentes, gentiles, tiernas aún como las aveciñas que al tender el

primer vuelo caen vencidas por su propia debilidad; con los senos incitantes que redondean el elegante busto, recuerdan á las flores que al entreabrir su cáliz, y tras la dulce caricia de una gota de rocío, reciben la atrevida visita de la abeja que llega insultante á robar el pólen de su ovario. Ellas también, vencidas y casi exhaustas, van á «aplastarse en el monótono engranaje de la vida gris de las almas muertas.»

Catequizadas por un prurito mercantil, alentadas por quién sabe qué interrogante esperanza, desaparecen sumisas como reses de matadero tras la espiritual ceremonia que las convierte en esposas sin marido, á practicar la vida de los moluscos en el tenebroso y frío claustro del convento...

Llantos, suspiros... El angelical coro de reclusas entona un himno melancólico y quejumbroso á los seres perdidos de la vida, á los seres que sustraen su cuerpo al contacto del mundo que reclama sus derechos conculcados por el insensato poderío del más fuerte, del más astuto.

Más tarde, silencio. Las novias se despojan de su mundana vestidura y el toseco hábito de la novicia cubre sus virginales cuerpos, en cuyas entrañas jamás palpitará la vida...

Calla. Una sospecha... Sí, me asalta una terrible sospecha, atenaceándose el cerebro con crueldad de felino... Perdonadme, vosotras, bellas y miserables criaturas inmoladas en aras de una religión funesta y... sicalíptica. ¿Quién sabe cuántas veces algún zángano furtivo, amparado por las sombras de la noche, ó por cualquier benevolencia, ha llegado á librar la miel de las odaliscas en el harem del buen Dios! ¿Quién sabe? Las celdas misteriosas del convento con sus paredes frías y severas, ¿quién sabe cuántas pesadillas ó frases de amor habrán sorprendido en el frenético instante del despertar del deseo? ¿Quién sabe cuántas plegarias de libertad y placer habrá escuchado el rígido Cristo de faz cadavérica y cuerpo apuñalado, de labios de sus pobres esposas, siervas sometidas criminalmente al ascético rigorismo de la vida conventual?...

Yo las veo. Las veo en largas filas dirigirse con paso lento en una cruda noche de invierno á entonar los maitines en la desierta capilla. Con el labio silencioso y la faz baja, unidas sus manos á la altura del pecho, avanzan, avanzan como un grupo de sentenciados á muerte, en los que pesa atroz remordimiento. Con el espíritu pobre, envenenado por el constante aguijón de un pecado no cometido; con el ininterrumpido afán de la fanática, nunca satisfecho, de lograr los favores de Cristo ó de Dios, para aplacar su insaciable hambre de perdón, marchan atribuladas y como poseídas de terror místico...

Más tarde... Someter su cuerpo á un despiadado y continuo martirio, tender sus blandas carnes sobre la dureza de su cama de madera, forzar su estómago á un forzado ayuno, bordar artísticos escapularios para los devotos del Santísimo Satanás...

Luego... La inercia, el estancamiento de su espíritu sin alas, el emponzoñamiento de su vida. ¡De su preciosa vida, robada al mundo por un puñado oro!

LEONCIO S. C. DEODAT

Buenos Aires.

Memorias de un jesuíta

El chocolate interrumpido

Era un día de invierno de esos en que el viento del Guadarrama pasa por la villa y corte repartiendo pulmonías y catarros.

Reuníme con el P. Garzón, cual acostumbra á hacerlo todas las tardes, y con ace to dulce y faz risueña me dijo:

—¿Qué te parecería pasarte un par de horas en elegante comedor, al lado de una chimenea confortante, saboreando rico chocolate, de más succulentos manjares precedido, y disfrutando la conversación de hermosísima y distinguida señora?

—Me parecería de perlas, le contesté.

—¡U s vamos. Y diciendo y haciendo echamos á andar, llegamos á la calle de Alcalá y penetramos en uno de los elegantes portales de la casa de Fornos.

Subimos, me parece, al segundo piso, y no bien habíamos oprimido el blanco botón del timbre eléctrico, cuando ya la ancha puerta se había abierto y una voz argentina y simpática en extremo nos decía:

—¿Cuánto han tardado ustedes! Les estábamos esperando.

—Aquí tiene usted, dijo el P. Garzón, al P. Gil Blas, á quien tanto deseaba conocer de cerca.

—Es verdad que lo deseaba, pues sus sermones me entusiasman.

—Es bondad de usted, seguramente.

—Le pasa lo mismo que á mí á todo Madrid.

—Es usted muy amable.

—Pero ¿qué hacemos aquí? Vamos al comedor, que van á sacar en seguida el chocolate.

—Como usted quiera.

El comedor sobrepujaba á todo lo que de él me había dicho el reverendo padre. Habitación amplia y cuadrada, estaba empapelada de papel rojo, y roja también, de rico terciopelo, era la silla. Hundíanse los pies en mullido tapiz; sentíase el suave calor de una chimenea de leña que alegremente chisporroteaba, y aspirábanse las emanaciones de un gran ramo de flores frescas que en el centro de la mesa lucían sus colores y sus verdes hojas.

Pendía del techo, cayendo precisamente sobre la mesa, una gran lámpara, cuya pantalla, de *foulard* encarnado, asemejaba un inmenso quitasol, tal era su magnitud; pero un quitasol formado por menudos y artísticos pliegues y coronado de un gran lazo por modo artístico y elegantísimo colocado.

Era la señora que tan amablemente nos recibía como hasta de veintiocho á treinta años, delgada y de talle señorial; tenía el pelo negro y suicado de algunas canas; los ojos, de un azul oscuro é intenso, revelaban un alma apasionada y soñadora; las cejas parecían hechas de finísimo terciopelo y por manos de hábiles recortadas; el cuis era verdaderamente de pétalos de jazmines; pero lo que más llamaba la atención era la boca. La boca era la boca. Todas las imágenes y exageraciones que para describir una boca bonita han usado los poetas, tenía allí exacta aplicación. Porque era pe-

queña, fresca, sonrosada, graciosa, expresiva... un capullo de rosa humedecido por el rocío y dejando ver dos hileras de apretadas y blancas perlas. No viéndola no se puede comprender toda la hermosura de aquella boca. ¡Dichoso, pensé yo —y creo que no pequé con el tal pensamiento,—dichoso el que disfrute los besos de esa boca!

Una doncella de muy buen ver puso al alcance de nuestras manos varios platos de finísima porcelana inglesa conteniendo jamón en dulce de incóntinente olor; pavo tufo de succulento aspecto y de transparente *aspic* adornado; blancos emparedados mostrando por estrechos intersticios su alimenticio contenido, y varias clases de pastas y bizcochos, ya amarillos con el color del fresco huevo, ya tostados por el rizador del horno y exhalando fuerte olor á vainilla, según el gusto francés.

La conversación tardó poco en animarse.

—Supongo, dijo el padre, que no irá á presentarse de improviso Pepe.

—Dios nos libre, contestó la hermosa dueña de la casa; pero no hay cuidado; no sale nunca del Ministerio hasta más de las siete.

Se habló de todo; se comió de firme; se bebió no menos de firme, y ya se insinuaba el cuentecillo picante y había aquello de «Padre Santillana, cuéntenos usted algún cuento de los que oye á Grilo», cuando suena el timbre de la puerta de la escalera y la doncella pronuncia estas terribles palabras: «¡El señorito!»

¿Quién podrá pintar el estupor de aquella mujer, el espanto del padre y lo diré con franqueza, mi terror pánico?

Levantámonos todos apresuradamente; alguien dijo: «Escóndanse ustedes.» Yo exclamé: «Es mucho peor si nos encuentra escondidos.» Y á todo esto el timbre repicaba como si se hubiera vuelto loco.

La doncella, por fin, abrió; entró un hombre envuelto en un gabán de pieles, paróse en la puerta del comedor, nos dirigió una mirada, y sin más, dió media vuelta y desapareció.

—¡Sálganse, por Dios, nos dijo la atribulada señora; y nosotros, sin hacernos de rogar, nos lanzamos fuera de aquella casa, que si era la de una amiga, no era seguramente la de un amigo.

De prisa bajamos la esca era, y ya en la calle, rogué al padre Garzón que no me invitara á tomar chocolate mas que en casa de viudas, solteras, ó desposadas con devotos inofensivos.

GIL BLAS DE SANTILLANA

Sin misa

Me acuerdo como si hubiera sucedido ayer.

Era muy tarde; ó, mejor dicho, era muy temprano, pues que la luz del día empezaba á alborear.

Por las claraboyas del salón de baile se filtraban los primeros resplandores, cual si quisieran entablar competencia con las y mortecinas luces del gas.

Era la madrugada de un miércoles de Ceniza. La orquesta preludiaba el galop; las parejas, rendidas ya de tanto

bailoteo, deseaban abandonar cuanto antes el local. Víanse por la sala rostros abatidos por el cansancio, y en hombres y mujeres se notaba el decaimiento propio de quien ha rendido á Terpsicore un culto de muchas horas.

Ojos velados por sendas ojeras, miradas sin brillo ni expresión, cuerpos y pies vacilantes á causa del vino, diálogos incoherentes, risas, carcajadas, frases agresivas... esto era cuanto allí se escuchaba.

Habían caído ya casi todas las caretas; sólo alguna que otra vieja ó alguna que otra jamona de fea dad insoportable tapaban aún su rostro.

Entre las máscaras que no bailaban vi una pareja formada por un ind viduo disfrazado de mozo y una barbiana vestida de marola, y conocí al Adán de aquel matrimonio improvisado. ¿No había de conocerle, si era el que decía la misa de cinco en mi parroquia? ¡Rupertito, el propio D. Rupertito!

—¡Hola!—le dije.—¿Se ha venido á echar una cana al aire?

—Así parece—me contestó.

—¡Pero, hombre de Dios! ¡Hace media hora que está tocando el monaguillo, y habrá lo menos tres docenas de beatas esperándole á usted!

—Pues hoy se quedan sin misa—me replicó.—Ahora nos vamos ésta y yo á... dar una vuelta.

—Y ¿qué dirán las devotas?

—Que digan lo que quieran. Hoy se quedan sin misa.

Y se marchó, llevando del brazo á su acompañante hasta el guardarropa; y cogiendo él la pañosa y ella su abrigo, se echaron á la calle.

¿Adónde iban? No intenté averiguarlo. Sólo me acordé de que estábamos ya en miércoles de Ceniza y de las palabras de la Iglesia: *Memento homo qui pulvis, etc.*

DE VARIOS

Enrique Sturt, el autor de *The idea of a free Church*. (La idea de una Iglesia a libre), no es un racionalista; cree en Dios, en una vida futura y en la necesidad de la plegaria; mas no por ello es menos ardoroso adversario del cristianismo.

Véase como habla de la Biblia:

«De todos los terribles desastres intelectuales de Europa, el mayor ha sido la Biblia. ¡Qué daño irreparable al crecimiento intelectual de Inglaterra el que, semana tras semana, por espacio de siglos, se hayan ofrecido al pueblo lecciones extrañas de los anales de una tribu árabe inconmensurablemente distante de ella en civilización, en sentimiento nacional y en aspiración intelectual! ¿Quién es capaz de estimar hasta qué punto nuestra poesía ha sido reducida á la inacción, aplastado nuestro genio nacional, envilecido y desviado nuestra historia por esa intrusión extranjera?»

Hojita piadosa.—Núm. 2

“La mujer en la Iglesia”

Los textos publicados en esta *Hojita* se han reproducido mil veces en la prensa y en muchos libros. EL MOTIN los ha insertado varias, sin que nunca se arriase la zalagarda que ahora.

No alegamos infinidad, porque esto prueba que ésta de las *Hojitas* es la mejor manera de hacer la propaganda contra los clericales.

Con motivo de la publicación de los textos que la Iglesia saca de la Biblia y de los escritores sagrados para hacer odiosa y llenar de oprobio á la mujer, los jesuitas acusan e falsas las citas, habiendo llegado la discusión, en algunos sitios, á provocar apuestas entre clericales y anticlericales, y dado lugar á que águnos amigos nos pidan que puntualicemos el pasaje del libro en que cada texto se halla. Ya lo iremos haciendo, no obstante la dificultad natural de confrontar las citas de unas contadas líneas en el maremagnum de la Patrología y de la Escritura Sagrada.

Cualquiera que haya saludado estos libros, al leer la *Hojita* advertirá que ni en ella están todos los textos católicos difamatorios é ignominiosos para la mujer, ni siquiera los peores.

Pero al hablar de la Biblia, hemos de advertir que una cosa es «la Biblia en sí» y otra muy distinta «la Biblia según la Iglesia», ó sea, que una cosa es lo que dice la Biblia y otra cosa lo que la Iglesia le hace decir.

En cuanto es un conjunto de libros incoherentes sin nexo alguno natural, sin más relación que la que le han dado los encuadernadores al conglomerarlos y juntarlos de igual modo que podrían encuadernar en un mismo tomo la *Imitación de Cristo* de Kempis y el *Testamento de Juan Meslier*; procediendo estos libros de autores á veces tóceratas y á veces autócratas, á veces clericales rabiosos y á veces anticlericales, en el conjunto son una sarta de contradicciones, así en la Moral como en la política, como en lo religioso. Unase el Deuteronomio al Evangelio, el Pentateuco á los Profetas revolucionarios, y aun confrontense unos pasajes con otros y se tendrá lo que dicen los peritos: en la Biblia hay todo lo que el lector meta en ella: lo mismo se puede invocar en favor de una cosa que en contra.

Esta contradicción, sin embargo, no se halla tan enorme en cuanto á la mujer, que era objeto de relativa veneración constante por razón de su fecundidad. La literatura universal apenas puede presentar un canto de amor sexual tan magnífico y entusiasta como el *Cantar de los Cantares*. La mujer-esposa y la mujer-madre resultan exaltadas y divinizadas en muchos pasajes ardientes, de entre los cuales merecen citarse los capítulos 26 y 36 del *Eclesiástico*: el matrimonio resulta enaltecido y es objeto de especial estudio y cuidado en los escritos del Nuevo Testamento; de modo que la Biblia, en general, es una maldición constante de la mujer-esteril y la reprobación palpitante del monaquismo. Esto es la Biblia en sí.

Pero la Iglesia oculta á los fieles estas apologías del Amor y estas exaltaciones de la mujer-amante, de la mujer-esposa

y de la mujer-madre, suprimiéndolos y borrándolos en la práctica doctrina; y no atreviéndose á desear del canon los libros que contienen tales enseñanzas, ni atreviéndose á borrarlas, las borra de hecho guardando silencio sobre ellas y atribuyéndoles sentido simbólico que desnaturaliza el sentido verdadero; así, según se ve con el *Cantar de los Cantares*, en la apología de «*Mujer fuerte*» y con otros textos de sentido indubitable.

De igual perverso modo ha ocultado la doctrina de San Pablo, llamado el *apóstol* de la *Virgindad*. ¿Hase oído jamás un sermón explicando exactamente el capítulo V de la carta á Timoteo, en que dice terminantemente: «Quiero que las mujeres jóvenes se casen y críen hijos y gobiernen la casa sin dar ocasión á críticas.» Y se negaba á admitir de monjas, á las que no fuesen viudas de sesenta años, «que no hayan tenido más de un marido»; y como garantía de su buena conducta, exigía de la aspirante que fuese «probada con testimonio de buenas obras» las cuales buenas obras no consistían en rezos y pámplinas pietistas, sino en «si ha educado bien los hijos, si ejerció hospitalidad, si acudió al alivio de los atribulados y si practica toda obra buena». Y en la epístola I á Timoteo, capítulo II, el propio San Pablo hácese cargo de la acusación formulada contra la mujer por haber sido inductora de Adán al pecado, y la promete el perdón de la peccación en esta notable sentencia: «Sin embargo, la mujer se volverá á su estado de procreación de hijos, si fuese constante, amante, virtuosa y sobria.» Y si esto no fuese bastante claro, en el capítulo IV, versículo 1.º y 2.º y 3.º, afirma que es cosa de apóstatas satánicos, la «doctrina de demonios» de algunos hipócritas cristianos «que prohibirán á las gentes casarse y mandarán ayunos y abstinencias».

¿Hay algún fiel que tenga noticia de estos textos de San Pablo, maldicidos de la virginidad y de la esterilidad, en tono tan terminante y definitivo? Y, sin embargo de ellos, apenas hay sermón donde no se recuerden y exageren hasta el pleno falseamiento los mismos textos en que San Pablo insinuó con timidez, y como opinión suya circunstancial y condicional, la preferencia del celibato sobre el matrimonio para el trabajo del apostolado.

Este fraude y sustracción hechos con los escritos de San Pablo, los pinta la Iglesia en todos los libros bíblicos, en los cuales, después que ellos predicaban uniformemente que la esterilidad es una maldición divina, hace aparecer la reprobación del matrimonio, y del amor y la preexcelencia de la virginidad y esterilidad monjil.

Pero en estos tiempos no le bastan á la Iglesia los centenares de millares de monjas «á quien ha prohibido casarse»; y, viendo que los hombres sacuden su yugo abominable, acude á la mujer, lesonándola, á fin de convertirla en instrumento suyo. En todas partes el clero dedícase á conquistar la mujer: al adultero, por medio de la querida; al soltero, por medio de la ramera; al marido, por medio de la esposa; al hijo, por medio de la madre, á cuyo objeto llenalas de halagos y lisonjas. Para demostrar la felonía y perfidia de estos

esfuerzos de truhán, publíquese la *Hojita* que pone delante de los ojos de la mujer la infamia é ignominia que en ella ha acumulado la Iglesia; y al ver reunidos tales oprobios, el jesuitismo háse visto descubierto y háse irritado y enfurecido saltando por el atajo de negar la exactitud de las citas.

Ya iremos, á medida que otros quehaceres más importantes nos lo permitan, comprobando y señalando la página y la línea de las obras de donde se han extraído las citas.

Comenzar mos hoy por las atribuidas al Antiguo Testamento, valiéndonos de la edición de la Vulgata, traducida por Scío, recomendada por el Papa Pío VI en reescrito de V. Kal. mart. de 1795, con impresión privilegiada por S. M. C. (*Edic. de Gaspar y Roig, Madrid 1852*) He aquí los textos de la *Hojita* y las citas de su procedencia:

«Si la mujer tuviere autoridad, será contraria á su marido.» (*Eclesiástico*, cap. XXV, versículo 30. Hay además confirmando esto, el cap. IX, v. 2, traducción de Scío: «No des á la mujer poder sobre tu alma, porque no se levante contra tu autoridad y quedés avergonzado.»)

«De la mujer tuvo principio el pecado, y por ella morimos todos.» (*Eclesiástico*, capítulo XXV, v. 33.) «Sepárala de tus carnes, porque no abuse siempre de ti.» (*Eclesiástico*, cap. XXV, v. 36.)

«No quieras hacer asiento entreojo.» (*Eclesiástico*, cap. IX, v. 8. Parecido á otros varios.) «La mujer es la maldad del hombre.» (*Eclesiástico*, cap. XLII, v. 13.) «Porque más vale un hombre que te haga mal, que una mujer que te haga bien.» (*Eclesiástico*, capítulo XLIII, v. 14.)

«Y yo he hallado más amarga que la muerte la mujer, la cual es redes y lazos su corazón; sus manos como ligaduras.» (*Eclesiástico*, cap. XXV, vs. 19 y 23.) «El bueno delante de Dios escapará de ellas; mas el pecador será preso en ella.» (*Eclesiástico*, cap. VII, versículo 27.)

Estos textos iban atribuidos al *Eclesiástico*, siendo del *Eclesiástico*.

«Entre mil hombres hay uno bueno; entre todas las mujeres del mundo no hay una buena.» (*Eclesiastes*, cap. VII, vs. 28 y 30.)

En la *Hojita* se atribuyen por error de pluma ó de raja al libro del *Eclesiastes* las primeras sentencias que pertenecen al *Eclesiástico*; la cita del *Eclesiastes* pertenecía á la última.

Falta otra cuestión, no menos importante.

En la *Hojita*, por virtud del contexto de esos con los otros pasajes de los Santos Padres, las frases precitadas adquieren un valor absoluto y universal que en la Biblia no tienen, comparándolas con otras frases.

Por esto se intituló la «*Hojita*» «La mujer en la Iglesia» y no «La mujer en la Biblia»; porque, realmente, la Iglesia y los Santos Padres son los que han arrancado de la Biblia aquellos textos, aislándolos de los otros, atribuyéndoles ese valor absoluto; de modo que este sentido absoluto y falso en sí, es cosa de la Iglesia, cuya mala fe y osadía ha llegado, según veremos, á aplicar á la mujer en general, sin distinción de ninguna clase, las recriminaciones que los autores bíblicos aplican exclusivamente á la mala mujer, ó sea á la mala amante, á la mala esposa y á la mala madre; á la rata

de sacristía, á la ociosa, á la coqueta y á la ramera.

Con esto queda demostrada la exactitud de nuestras citas y la triple perfidia de la Iglesia en mutilar la doctrina bíblica, en falsear su sentido para villipendiar y ultrajar la mujer, y en atribuir ahora al sectarismo anticlerical los fraudes y desvergüenzas de que ella es autora.

Carrera de obstáculos

Han sufrido un entorpecimiento las negociaciones de España y el Vaticano. El gobierno lo niega, y el sentido común ya lo había previsto. Los cardenales Rampolla y Scapinelli se oponen á los deseos de Canalejas, y Merry del Val atranca el postigo.

No será ese el único entorpecimiento. En tal cuestión, verdadera cuestión romana ó rompecabezas, tropezarán todos los gobiernos de la monarquía y se quedarán acéfalos.

Y eso que sólo pretenden un arreglo para ir tirando, cuando lo esencial es llegar á término definitivo con la expulsión de la plaga frailuna, sin dejar siquiera una muestra de esa apesosa semilla.

Esto sólo puede hacerlo la república, y lo hará.

Un hombre y varios cerdos

En el kiosko de la Rambla Alvarez (Geona) se anunciaba la venta del libro de *Fray Gerundio*, titulado *El tormento en los conventos*.

Los aprendices de cura intentaron varias veces que desapareciera el cartel, imbuéndose por la tremenda, y los que estaban en el kiosko tuvieron que enseñarles el garrote que les sirve para bajar las persianas, y que pudieran muy bien emplearse en levantar chichones en las cal bazas clericales y magullar huesos de asnos ídem; y esto contuvo sus ímpetus guerreros.

Mas no por esto desistían: cada vez se presenta en un mayor número, llevando algunas un *parrodago* al frente, que hacía recodar al bandido Santa Cruz.

Hace pocos días, y sabiendo que se hallaba gravemente enfermo el honrado industrial dueño del kiosko, D. Ciríaco Marull, se presentaron aquellos perforados de cerebro, y probablemente de algún órgano más, con el carcundesco propósito de quemar el kiosko, aprovechándose de que el hijo mayor se hallaba también postrado en cama desde hacía mes y medio con un reuma que le impedía moverse.

Y entonces la familia, sobreponiéndose por un instante á tanta pena y tanta tribulación, pidió auxilio al gobernador civil, quien, justo es decirlo, cumplió su deber como autoridad y como caballero, enviando en el acto dos parejas de la

guardia civil y varios policías á defender el kiosko.

En esto murió el Sr. Marull, y su familia, sin arredrarse ante las amenazas de aquella chusma miserable que confiesa y comulga, dispuso que fuese enterrado en el cementerio civil, como así se verificó, honrando de este modo la memoria de aquel hombre tan digno y tan entero.

Reciba la familia mi pésame más sentido, á la vez que un escupitajo los cerdos clericales que trataron de amargarle los últimos momentos quemándole una propiedad que había adquirido con el trabajo, no estafando á los imbéciles con promesas de bienaventuranza eterna ni con ceremonias y gruñidos que para nada sirven.

La langosta clerical

Está cayendo sobre varias provincias, en forma de misioneros, la langosta clerical en caza de seminaristas, de novicios, de legados y demás rapinas de almas, de cuerpos y de bolsillos, y se me pide que dé alguna receta para contener y ahuyentar esta plaga. Al efecto, estoy preparando las *Hojas piadosas de la Santa Misión* y como primera precaución pueden adoptarse estas reglas:

REGLAS PARA EL SEÑOR CURA

- 1.ª Al recibir noticia de la venida de los misioneros, pon doble llave á todas las puertas de la casa, y así obrarás discretamente.
- 2.ª No dejes salir de la cocina al ama ni la sobrina, ni entrar en ella á los misioneros, con lo cual evitarás un probable aguinaldo.
- 3.ª Tapa los agujeros y rendijas de las puertas, para evitar el ser espiado.
- 4.ª No les dejes papel ni libro, sino unos cilicios, una calavera y unas disciplinas en su cuarto, ayudándoles así á santificarse.

REGLAS Á LOS FIELES

- 1.ª Al pasar junto al misionero, decirle reverentemente: «Santificador de otros: santificate á ti mismo, que trabajo te costará.»
- 2.ª El padre debe observar si durante el sermón el misionero fija su mirada en su hija, y el esposo en la esposa; en caso afirmativo, póngalas á salvo.
- 3.ª Pensar que muchos misioneros están rabiando de serlo, y aceptan el oficio sólo por danzar fuera de los conventos.
- 4.ª Interpretar sus palabras y entender «Dios» cuando dice «Diablo», y viceversa; «malo» cuando dice «bueno».
- 5.ª Tener por falsos con toda seguridad cuantos cuentos, ejemplos, casos y parábolas espete.
- 6.ª Cuando habla de las «almas del Purgatorio», quiere decir: «estómagos de fraile».
- 7.ª Si habla de escuelas laicas, preguntarle qué hicieron los frailes con los niños que han salido mutilados y corrompidos, y qué hacía Sor Mercedes con la señorita Bassot. Y si dice que son mentiras, tenedle por embustero.

8.ª Cuando os prometa el perdón de los pecados, preguntadle que si está ya perdonado él; y si no lo está, y es enemigo de Dios, su perdón ha de ser del Demonio.

9.ª A los Franciscanos decidles que os prediquen de Savonarola; á los Claretistas, que os prediquen de Longás y de Ortiz; á los Escolapios, del P. Cabrera y P. Gabarró; á los Filipenses, del padre Lebon; á los Jesuitas, de Gioberti.

10. Contad cuánto tiempo gasta en confesar las chicas guapas y cuánto en confesar las viejas.

11. Como siempre acabará con el sexto, preguntadle que por qué le pica tanto ese sexto sentido.

12. Si grita contra el gobierno y contra el Estado, denúnciese al fiscal de Su Majestad para que pueda cumplir su deber; y en caso de hacerse éste remiso, acúdase á la prensa.

Y sólo con esto tendréis el placer de verlos escapar, sin llevarse el dinero, la honra ni la tranquilidad de la población; pues el fraile, donde quiera que llega, imita al tordo que cae sobre el olivar, y que, luego de hartarse, remonta el vuelo con una aceituna en cada pata y otra en el pico.

¡Psch!

Grande fué la trapatista que se armó en Santiago por si los *luisés*, por si Montero Ríos...

Hubo manifestaciones tumultuarias, protestas, pedradas, palos, heridos, contusos y otros excesos.

Sempre es un espectáculo agradable ver cómo revive una población moribunda. Pero esas energías hubieran estado mejor empleadas en servicio de otra causa más importante.

Que si Montero Ríos, que si los *luisés*...

No vale la pena.

Otro Verdaguer

A los Jesuitas les hace sombra un sacerdote italiano, director de la *Revista Storico-Critica della Scienze teologiche*, llamado Bonaiutti, catedrático de la Universidad del Apolinar, miembro de la Congregación de *Sacra Visita* y autor de un libro reciente: *Ensayo de filología y de historia del Nuevo Testamento*.

El odioso jesuita proviene de que dicha revista hace la competencia á la suya de la *Civiltà Cattolica*, que tantas víctimas ha causado con semejante motivo.

Bonaiutti ha cometido el pecado de Lamennais y de otros: no ser tonto de capirote y permitirse ser sabio sin permiso de los Padres Jesuitas. Este pecado es imperdonable. Inútil le será cuanto haga. «Condenado á las fieras.»

¿Por qué le condenarán? Por cualquiera cosa: por no llevar calzoncillos, si no los lleva; y por llevarlos si los lleva. Los Jesuitas son así: sacan punta á

una calabaza. Es achaque que había descubierto en esos hijitos del cojo Loyoia, el venerable Palafox: achaque que han lameado todos los siglos y todos los tiempos.

Ven que en la Iglesia hay todavía mucho que pescar y se han propuesto ser ellos los únicos pescadores. Y al que se atreve a salir a la superficie, ahí están los padrecitos con todas las mañas que aprendió San Ignacio en sus oficios de lacayo de corte, de soldado aventurero, de lego renegado, de escapado de su casa, de mendigo público, de ratero de hospital, de bohemio peregrino, de por Dios eterno, de estudiante baqueteado, de escapado de la cárcel, de licenciado de la Inquisición, de embaucador de frailes y de explotador de majaderos.

Y así son sus artes: de lacayos, de caloyos, de mendigos, de estudiantes perdidos, de vagos irresponsables, de gentes desvergonzadas... ¡Siempre cobardes! ¡Siempre miserables! ¡Siempre canailes-cos!

Dese por muerto y por enterrado Bonaiutti y prepárese a ir a la *Gleva*, como Veldaguer, o a la Trapa, o a la roca Tarpeya.

La Picadura de jesuita no tiene cura.

Y como no coja al bicho del General por el pescuezo, dese por perdido; que el ojillo del jesuita es de basilisco, su veneno de sapo y sus procedimientos de viborezno.

Quien dice jesuita dice fraile, y quien dice fraile dice clerical; todos son jesuitas y a cual peor.

Preparémonos a presenciar este nuevo espectáculo de ferocidad eclesiástica. Bonaiutti está en el *circo Romano*: las fieras son los jesuitas... ¡Qué Dios ampare a la víctima!

Enhorabuena, verdugos de Casandra.

Los bárbaros del Norte

En Asúa, pueblecito cercano a Bilbao se despacharon a su gusto unos cien carlistas, que se fueron al campo, no para refocilarse ni para emular a sus trabucaires antecesores, sino por huir de las fiestas liberales en que se conmemoraban sus derrotas.

Y se despacharon a su gusto entre el verde como en su propio elemento, lo cual nadie les habría censurado, pues cada uno vive y se alimenta según es, a no haberse propasado con un grupo de bizkaitarras que no les hacían ningún daño.

Estos fueron harto prudentes en rogarles que se marcharan y los dejaran en paz; pero las cabras y los carlistas siempre tiran al monte. Toda la furia hereditaria se les subió a la cabeza y se les vino a las manos, y arrojaron una lluvia de piedras sobre los balcones del Circulo bizkaitarra, intentando incendiarle y consiguiendo asaltarle a viva fuerza. Sonaron algunos tiros, los muebles fueron destruidos, hubo heridos y contusos. Penetraron los salteadores en una tienda instalada en el mismo edificio, y la dueña tuvo que defenderse con las pesas.

No paró todo en esto (y ello merece ser contado).

Los bárbaros del Norte bailaron y comieron y bebieron de lo lindo en una romería, que dicen ellos, y debiera decirse ramería con más propiedad. A su regreso se entraron por varios merenderos, promoviendo escándalos y desórdenes. En el obrador de una modista saquearon algunas prendas de ropa y cien pesetas. Y luego fueronse alborotando y llevando a guisa de bandera los vestidos robados a la modista.

Fué una copia servil, aunque en pequeño (los tiempos no dan más), de aquellas hazañas perpetradas por los Santa Cruz, Alcabones, Cabreras y otras feroces alimañas místicas de nuestras guerras civiles.

La justicia anda en el asunto. Y otra justicia ha de venir para que no se repitan semejantes enormidades en pleno siglo XX, después de tanta sangre derramada por la causa de la libertad y la civilización.

¡Píos!

El Papa, en una alocución dirigida a los peregrinos tudescos, ha enalzado la piedad del Kaiser, que es el sumo pontífice de la herética religión oficial alemana.

Entendámonos. La piedad que el Papa ensalza en la persona de su natural enemigo, ¿es la piedad pura y sencilla, definida en todos los diccionarios como un sentimiento de tierna compasión hacia el prójimo? Pues, aun suponiendo que así fuera, no se la ve en el representante de un Estado esencialmente militar y guerrero, cuya característica es la fuerza bruta.

¿Es la piedad religiosa? Esto equivaldría a declarar compatibles el catolicismo y el protestantismo, quitando de paso la razón a nuestros energúmenos clericales que no reconocen la piedad fuera de la religión católica.

Y así es; los poderosos se entienden, se alían para domeñar y explotar a los pequeños, riéndose de todos y de todo, mientras se meriendan a los hombres y a los dioses en un banquete sardanapalesco que no tiene fin.

Y con ese objeto son capaces de confraternizar, desde el obispo de Roma, jefe de la cristiandad ortodoxa, hasta el último reyezuelo-sacerdote de la más apartada isla africana.

"In utroque"

Cura y curandero en una pieza es Villasevil, que ejerce su doble profesión en los trenes de la provincia de Santander, cada día con menos clientela y más risa de todos cuantos contemplan sus cómicas operaciones.

Todo lo cura con agua, por medio de regadera y en forma de baños particulares y generales, y con quina, centaura, cocimientos anodinos y ungüento de rabo de zorra.

¡Ojo! ¡Atención! Ya que no tenemos la

suerte de presenciar sus ejercicios, sepámo-los por referencias autorizadas. Varios liberales de buen humor que iban con Villasevil en un vagón camino de Llaño, tuvieron la ocurrencia de meterse en otro departamento para atisbar desde allí lo que hacía el señor cura con un mozo, supuesto ó real enfermo, gordo, colorado y de buen ver.

A instancias de Villasevil se desnudó, quitándose hasta los calzones, y dejando al descubierto las posaderas, magníficamente desarrolladas; púsose en facha el rolizo mancebo sobre el apoyo que le brindó un compañero de tren, y el cura Villasevil le pasó las manos por las piernas, por el vientre, por la vejiga... y por otros sitios, poniéndose a auscultarle atentamente. ¿Qué escucharía?

La misma operación debió de hacer con un fraile barbudo en otro coche; pero no se pudo saber al detalle por no estar presentes los vedores que dieron precisas noticias de la anterior escena.

Si estos sobiqueos y manipulaciones intrafisicas no son para morirse de risa ni para contárselo a un gobernador, confesemos que nada hay cómico y trágico a la vez en el mundo.

Escándalo demócrata-clerical en el Consejo de Instrucción

A instancia, y por intrigas de jesuitas y agustinos, hace más de tres años se incoó un expediente misterioso contra el doctor Fuset, catedrático de Historia Natural en Palma, por dar en su cátedra la enseñanza científico-racional.

Una vez publicada en la *Gaceta* tan magnífica Real orden, que coloca la instrucción oficial española a la altura de la sandalia de un fraile galopín, el Gobierno ha querido prevenir el menosprecio con que ha de responder la ciencia mundial a tal ultraje, apelando a uno de esos averiados procedimientos de la Curia Romana, diciendo que ha sido sorprendido el ministro de la Gobernación, y aun el propio Consejo de Instrucción pública. Tal fué la excusa con que el Papa respondió a las amenazas de los Reyes de España (cuando sabían amenazar, sin llamarse demócratas), para defenderse de haber incluido en el Index expurgatorio los libros de la Madre de Agreda, aprobados por la Inquisición Española. ¿Qué fe podrán merecer los documentos de la *Gaceta*, si no son actos conscientes del gobierno que los firma?

En el Consejo de Instrucción, del cual forman parte dos republicanos, se lavan las manos de tal barbaridad, diciéndole que los consejeros, al leer el secretario el dictamen, no se enteraron y lo firmaron como en barbecho. ¿Es que tales señores van a tal Consejo para no enterarse de lo que se les notifica y para no examinar lo que firman?

En cualquier país seriamente constituido, ante tal fracaso y tal escándalo, dimitirían los tales señores consejeros,

sordos para lo que debían oír y firmantes de lo que no conocen, pues para tal oficio se basta un cabo de consumos y un meritorio de oficina. Y de no dimitir e los, serán dimitidos.

A la opinión republicana denunciarnos esta sordera intermitente de los consejeros que la representan, para que les dimitan de su representación republicana, á no ser que justifiquen debidamente su enorme caída.

Que en tal reprensión aparezcan las firmas de Izárate y de Giner de los Ríos, no es el cable para el decoro del republicanismo.

«En las públicas universidades, especialmente en Italia, muchos profesores de Filosofía enseñan la impiedad; en los templos mismos se sostienen contra versias impudicas.»

Esto dicen al Papa los cardenales en 1888, en plena Inquisición.

¡Peor hoy que en la Inquisición pasada! Era lo que faltaba ver.

¿En una escuela laica?

¡No! En una iglesia de Sevilla

Aurora Romero Auron, amiga del cura Manuel Bernal, hermana del sacristán protegido del cura, muy amigo de la sotana y enemigo de las faldas, más de lo que conviene á un sacristán, se mató en la iglesia de San Vicente de Sevilla.

La causa supuesta por el público, expuesta al *Noticiero Sevillano* por un enfriamiento de relaciones entre el cura y la difunta:

«Aparece otra mujer, no muy bien vista del barrio, Manuela García, alias la Espartaco, que se hace camarera de una Virgen entra en relaciones amistosas con el cura, que hicieron poquísima gracia á la otra. De aquí disgustos y malos tratos del cura á la hermana del sacristán; murmuraciones del vecindario que todo lo sabe, pues la infeliz matada se confía á algunas amigas; ésta, desconfiada, como, adalgaza, se la ve de mejorar y como maniática, taciturna; la gente se alarma.

Se prevén muchos vigilaban á la Aurora Romero temiendo lo que ha sucedido. Al saberse, nadie ha dudado; ¡el suicidio! ¡El cura ha descontentado eso.

Escándalo enorme, todo el barrio en la calle; grietas, comentarios; horror cuando se ve al cura, muy sereno, dar la absolución á la infeliz y los óleos. El colmo, cuando algunos le observan y notan en su eld y el siguiente pruebas de amistad y el da á la Espartaco...

¿No pararán esas cosas de ahí? Los que han la tarta de la calle misma y muy fuerte, ¿le harán un juez? Es lo que hemos de ver muy pronto.

Delo por visto el colega. En España se fusila al que toca una momia monja y los tribunales funcionan meses y años enteros en busca de quien levantó las tomas y de quien vivió la idea, y se cierran las escuelas y se detiene á los

maestros que pudieran acaso aprobar tales crímenes.

Pero si una monja jerónima se tira por la ventana, si un jesuita aparece degollado, si una mujer aparece ahorcada en el Piñar, si otra aparece muerta en la iglesia de Sevilla, el tribunal se contenta con oír decir á las gentes de casa:

—¡Estaban locos! ¡Son suicidas!

Y los seminarios y noviciados continúan abiertos con la te araña tendida para cazar suicidas y locos.

Esto que pasa en los tiempos democráticos, pasaba en tiempo del privilegio de fuero canónico.

Gracias que no nos fusilen por advertir esta coincidencia.

¡Está visto: no son tan anticlericales como los pintaban.

¡A que no!

Estos periódicos impíos y safanescos, entre los que descuella EL MOTIN son una sentina de calumnias y embustes, en los que se suelen pintar á los enemigos con falsos colores. No de otro modo se explica la peregrina idea que ha tenido quien escribiera, en el pasado número de este diabólico semanario, las Reglas para discernir á los clericales de buena fe de los de mala, pues basta para ver con cuanta razón lanzo el Yo acuso, leer la tercera:

«El que practica los deberes cristianos de amor al prójimo, de mansedumbre, de humildad, de desprendimiento de los bienes terrenales; que en vez de pedir venganza para el río, pide el perdón; que todo lo da y nada exige; que predica sus creencias de paz y caridad con toda paciencia y ciencia, no valiéndose de la imposición y de la violencia sino de la convicción y persuasión del bien; es decir, el que no mata, sino que redime; que no acapara, sino que reparte; que no cree ser mejor que el peor sino que se reputa el peor de todos los nacidos... ese tal es clerical de buena fe.

Rissun teneatis... ¿Pero es por ventura, querido compañero, que ha encontrado ese tipo, ese diamante negro, en nuestra fauna clerica?

Si es así ya no dudaré de la omnipotencia divina.

Pero... vamos... á que no; á que no me presenta un ejemplar siquiera de esos.

Me juego con usted un solomillo de canónigo.

J. BUGALLO SÁNCHEZ

Al clerical

1.º Eres hipócrita, pues rezas al Dios de bondad mientras tienes el puñal en la mano y el insulto en la boca.

2.º Eres malvado, porque ves cómo mueren tus seme antes, y cantas; porque roas el pan á tus hermanos; porque ves dolores y te alejas de ellos sin consolarlos.

3.º Eres imbécil, porque puedes vivir en un paraíso y prefieres un infierno; porque tu vida es corta, y procuras abreviarla; porque amontonas el oro para morir sobre él.

4.º Eres cobarde, porque tienes miedo á la luz y vives en la sombra; porque tiemblas en el peligro y serías capaz de matar á tu hermano para que su cuerpo te sirviera de ba uarte salvador.

5.º Y eres... eres algo peor que todo eso. Eres... ¡ridículo!

P. E. ROVEZÁLEZ

Gijón.

El pobre en la Sociedad

Casi todos los gastos sociales se hacen en provecho del rico. El pobre no necesita guardias campestres; no tiene propiedades que guardar; ni gendarmes; la desnudez de su cabaña ó de su buhardilla es una excelente cerradura que detiene á los ladrones; ni tribunales; el que no tiene nada, tiene siempre perdido el pleito; ni cárceles; porque para él han sido hechas y sólo de pobres se llenan; ni ejé cito; porque en tiempo de guerra le toma sus hijos y en tiempo de paz le impide ser el más fuerte; ni monarquía resplandeciente; el rey no le invita á sus banquetes y saraos, ni le da pensiones á cargo del real erario; ni las cuatro facultades de la Universidad, ya que no ha de enseñar latín ni griego á sus hijos; ni bibliotecas, porque queda analfabeto; ni canales ni grandes caminos, él que viaja con su saco á cuestas...

CLAUDE TILLEER

Los anticlericales fautores del clericalismo

¡Llamo un orador en el mítin católico de Málaga:

«Vengan, vengan aquí las listas de los colegios de Jesuitas, de Agustinos, de tantos otros; pidamos los nombres de los que allí se educan, y se verá entonces cómo obran los anticlericales cuando se trata de sus propios hijos, de los pedazos de sus entrañas; como los que en esos centros están, son los hijos de los republicanos, de los demócratas, de toda casta de liberales. (Ruidosa ovación.)

«Es decir, que en el orden individual, en el orden particular, todos estamos unidos, lo mismo liberales, que republicanos, que integristas.»

Si, vengan esos nombres. EL MOTIN los publicará con esquila orlada, como cuadro de honor, diciendo al pueblo:

«¡Ahí tenéis los anticlericales de oro-pel! Se sirven del pueblo anticlerical como de escabel para escalar el poder en los partidos, y entregan sus hijos y sus mujeres al clericalismo.»

¡Pues apenas me gusta á mi desenmascarar á los que se las echan de anticlericales en público, y en secreto confiesan y comulgan!

Al Excmo. Sr. Fiscal del Tribunal Supremo Y EN SU CASO A las Cortes futuras

Contra las curias eclesiásticas

Obran en mi poder las copias de dos sentencias: una del Tribunal Eclesiástico de Barcelona, fecha á 2 de Diciembre de 1908, y otra del Metropolitano de Tarragona, fecha á 12 de Febrero de 1910, ésta confirmando la precedente, en las cuales, además de otras exorbitancias y enormidades jurídicas, se aplica una de las censuras de la Constitución «Apostólica Sedes», en los términos siguientes:

«...R su tando: que pendientes los autos de calificación definitiva, la representación del procesado intentó preparar el recurso de fuerza en conocer, mediante escrito de 9 de Marzo de 1908, en cuyo escrito se ratificó personalmente D. Segismundo Prat el día 14 del propio mes ante el juez especial, á pesar de haberse recordado en el acto y leído textualmente el artículo de la Constitución *Apostólica Sedes*, que fulmina excomunión reservada *speciali modo* contra los que impiden el ejercicio de la jurisdicción eclesiástica, recurriendo para ello al fuero secular...;

«Considerando: que... (el procesado) ha dado un nuevo testimonio de formal desobediencia de las censuras eclesiásticas, intentando el recurso de fuerza ante los Tribunales civiles después de la monición que se le hizo por este Tribunal en la diligencia de ratificación, actuada á 14 de Marzo del corriente año...;

Vista la causa y las disposiciones canónicas, Constitución *Apostólica Sedes*, § II, núm. 2, y demás aplicables al hecho...;

Fallo... que debo declarar también y le declaro incurso en la excomunión fulminada por el Derecho contra los violadores del privilegio del canon..., previniéndole que..., persistiendo el reo en su contumacia, se procederá contra él á lo que en derecho corresponde, hasta la jurídica privación del beneficio...;

Lo pronuncio, mando y firmo, *Justino Guitart*»

La de Tarragona, confirmando en todos sus términos la anterior, lleva la firma de Mgín Torner.

2. En la Novísima Recopilación, título III, lib. II, ley 9.ª, de 16 de Junio de 1768, dice el Rey: «Mando se presenten en mi Consejo, antes de su publicación y uso, todas las bulas, breves, preceptos y despachos de la Curia Romana que contuvieren ley, regla ú observancia general, para su reconocimiento, dando es el pase en cuanto no se opongan á las regalías, concordatos,

costumbres, leyes y derechos de la Nación y no introduzcan novedades perjudiciales, gravámen público ó de tercero.» Los transgresores quedan comprendidos en la ley 5.ª del mismo título.

Esta Pragmática fué confirmada por Reales órdenes de 19 de Abril de 1841 y 6 de Marzo de 1865.

3. Por su parte, el art. 144 del Código Penal, dice: «El ministro eclesiástico que en el ejercicio de su cargo publicase ó ejecutase bulas de la Corte Pontificia ú otras disposiciones ó declaraciones que atacaren la paz ó la independencia del Estado, ó se opusieren á la observancia de sus leyes, ó provocaren su inobservancia, incurrirá en la pena de extrañamiento temporal.»

4. Los *Recursos de fuerza* son ley del Reino y una de las regalías preeminentes de la Corona. Su legitimidad en la Iglesia española está establecida por la misma disciplina de los Concilios de Toledo que sancionaron la apelación al Príncipe contra los atropellos de la autoridad eclesiástica. De ellos decían la Universidad de Salamanca, Alcalá y Valladolid en su Informe á Felipe II: «Los recursos de fuerza y de retención de bulas constituyen un remedio legal, útil y necesario, que los poderes civiles pueden y deben usar contra los frecuentes ataques que suele dirigirles la Sede Apostólica.»

La ley 1.ª, tít. II, lib. II, Novísima Recopilación. D. Juan I decía en las Cortes de Segovia:

«Los Reyes de Castilla, de antigua costumbre, aprobada, usada y guardada, pueden conocer y proveer las injurias y fuerzas que acaezcan entre los prebados y clérigos sobre iglesias y beneficios.»

La ley 2.ª, de D. Carlos y doña Juana en las Cortes de Toledo de 1525; la ley 8.ª, de D. Felipe II, en las Cortes de Madrid de 1593, y la ley XXV, no sólo confirman, sino que comentan, ejecutan y amplían esta doctrina jurídica y castigan á los eclesiásticos que amenazan con excomuniones á los que ejercitan el derecho del recurso de fuerza (1).

5. La Constitución *Apostólica Sedes* no logró la aceptación de los Estados católicos, por ser atentatoria contra los derechos radicales de los pueblos, de las naciones y de los soberanos, y en España por ser perturbadora de la disciplina eclesiástica nacional.

6. El tribunal eclesiástico de Barcelona en escrito dirigido á la Audiencia, respondiendo á una Real previsión expedida á 12 de Mayo de 1908, decía:

«No podía ni podrá jamás allanarse espontáneamente el Tribunal Eclesiástico á preparar con sus propios autos un recurso judicial que, aunque admitido

(1) Puede consultarse entre otros, el opusculo de Felipe Cordiel, abogado del Estado, *Un recurso de fuerza*: informe oral. Valencia, imp. de F. Vives, 1899.

en ciertos casos por las leyes del reino, es condenado y anatematizado cien veces por las leyes de la Iglesia.

7. Este principio legal, absolutamente indispensable para la independencia, ha sido reclamado como patrimonio de la soberanía nacional por los monarcas, Cortes y estadistas españoles. Es una de sus más sagradas libertades y de sus más preciados derechos. A él pueden aplicarse de un modo singular estas palabras del Manifiesto de Isabel II al pueblo español:

«Los sacrificios del pueblo español para sostener sus libertades y sus derechos, me imponen el deber de no olvidar nunca los principios que he representado, los únicos que puedo representar: los principios de la libertad, sin la cual no hay naciones dignas de su nombre... Mi dignidad es la dignidad de la nación que hizo un día mi nombre símbolo de libertad.»

8. El alegato de la Constitución *Apostólica Sedes*, en el precitado caso, no sólo se verifica con fraude del derecho nacional, sino con fraude y violencia del propio texto de la Constitución Pontificia, según las interpretaciones auténticas de los autores romanos. El letrado del Sr. Prat advirtió al Tribunal de Barcelona esta doble transgresión.

9. Dichas sentencias han sido apeladas á la Rota, á cuyo Tribunal deben haber sido remitidos los autos.

Por todo ello, cumpliendo el deber de ciudadanía de denunciar á las autoridades las faltas y delitos que se cometen, principalmente cuando resultan en agravio de derechos radicales de la nación:

Ruego á ese Ministerio Fiscal dé por recibida la denuncia, y, una vez comprobados los hechos y consultado el derecho, se apliquen á los reos los correctivos penales contenidos en las leyes, vindicando los derechos de la corona, la soberanía nacional, el respeto de derecho patrio y el honor del pueblo español.

En caso de no estimarse procedente, requiero á los diputados de la nación, á que formulen en las Cortes la protesta oportuna contra esta rebeldía de las curias eclesiásticas á las leyes del reino, siendo foco escandaloso de anarquía.

S. PEY ORDEIX

Clamar en desierto

Los horrores que se cometen en la cárcel de San Sebastián son inenarrables. Desde Agosto de 1908, en que comenzaron, han ido en aumento; así es que se suceden los casos de enajenación mental.

Encerrados rigurosamente los presos veintidós horas y media de las veinticuatro del día, ni siquiera se les permite que llegue un libro á sus manos.

La lectura es, en la mayoría de las prisiones españolas, crimen mayor que el asesinato.

Para que se comprenda cómo están aquellos desgraciados, voy á citar hoy un hecho solamente.

El día 9 del pasado comulgaron los presos; la tartería local, periodística incluíve, acudió al acto. Al día siguiente dijo la prensa clerical que les habían concedido para en adelante cuatro horas de paseo.

Como no era verdad, algunos interrogaron respetuosamente al director, y la contestación fué meterlos en unas mazmorras inundadas á pan y agua, donde continúan.

Un caso de explotación para terminar por hoy.

Un señor muy católico lleva á la cárcel trabajo de monta de cepillos. ¿A cómo paga la obra? No lo sé; pero sí que el administrador retira el cincuenta por ciento, ignoro con qué fin, y que los operarios, trabajando todo el día sin levantar cabeza, ganan de quince á veinte céntimos. ¿Quién, en justicia, debería estar en un calabozo? ¿Los explotados, los que explotan ó los que administran?

Otro día hablaré de la conducta de los empleados, especialmente un tal Mateo y un tal Calderón, que se distinguen por varias cualidades... recomendables para actuar de internos.

Si el Sr. Navarro Reverter hubiese remediado algunos de los males que particularmente le he indicado, yo no los haría públicos; pero como no lo ha hecho, volveré desde hoy á airearlos, para que la opinión vaya enterándose de que, punto más, punto menos, todos los directores de Prisiones merecen llamarse Rendueles.

Derecho concordado

La única razón canónico-civil de los frailes en España es el artículo 29 del Concordato, que dice:

«A fin de que en toda la Península haya el número suficiente de ministros y operarios evangélicos, de quienes puedan valerse los prelados para hacer misiones en los pueblos de su diócesis, AUXILIAR á los párrocos, asistir á los enfermos y para obras de caridad y utilidad pública, el Gobierno tomará las disposiciones convenientes para que se establezcan, donde sea necesario (para dichos fines precisos), Casas y Congregaciones de San Vicente Paul, San Felipe Neri y otra Orden de las asentadas por la Santa Sede, las cuales servirán al propio tiempo de lugares de retiro para los eclesiásticos, para hacer ejercicios espirituales y para otros usos piadosos.»

Santo Tomás, en la *Summa Theologica*, explica que las virtudes monásticas están en *santificarse á sí mismo*, en oposición al clero «ordinario» (es decir, jurisdiccional y jerárquico), cuya misión social es santificar á los demás.

Aunque los frailes pretenden negar ese carácter puramente *auxiliar* del párroco, corroborado por mil cánones, la ley concordada les niega todo otro carácter de legitimidad en España. Su

existencia es un fraude contra la nación, contra el Concordato y contra el clero nacional.

¡Adelante!

¿Cuántas escuelas laicas habrá en España? ¿Quinientas? Creo que ni la mitad. Pero, en fin, admitamos que sean quinientas.

Vienen funcionando desde hace pocos años, y son ya el terror de la Iglesia católica que lleva veinte siglos de predominio, cuenta con la promesa del propio Cristo, de que nunca la abandonará, posee riquezas innumerables, influye en los gobiernos, tiene á su devoción Códigos, jueces y fuerza pública, etcétera, etc.

Como no puede hacerse argumento más poderoso en favor de ellas, gritemos fervorosamente: ¡vivan la escuelas laicas!, y dediquémonos á establecerlas donde nos sea posible.

Armas iguales

Los católicos, que tantas abominaciones han dicho del teatro, acuden hoy á los teatros para propagar *mitinescamente* la doctrina de Cristo.

Los católicos, que tantas veces han condenado la prensa, la utilizan hoy como el arma única que puede darles la victoria.

Los católicos, que tantos horrores han dicho contra las manifestaciones de los partidos avanzados, se echan á la calle á protestar contra las escuelas laicas.

Esto prueba su convencimiento de que en el templo no pueden seguir ya embaucando al pueblo, más sediento cada día de verdades demostradas.

Eso queremos; que salgan de la iglesia y vengán á la calle; aparte de que así confiesan que no tienen fe en la eficacia de la idea religiosa, ni de la palabra ídem, ni de las ceremonias ídem, en la calle oírán lo que no podemos decirles en los templos.

Y los pondremos de farsantes, embaucadores y explotadores que no habrá por donde cogerlos. Ni con tenazas.

Si luchando con armas desiguales podemos más que ellos; ¿qué no haremos con armas iguales?

Ya lo irán viendo.

Heroísmo interesado

No dudamos que nuestros lectores tendrán noticia de la acción meritoria llevada á cabo por una hermana de caridad del Hospital del Buen Acuerdo de Melilla, llamada Sor Petra, prestándose á que le disecaran un trozo de piel de uno de sus brazos, para injertarlo en el izquierdo de un soldado, único medio de favorecer la cicatrización de una úlcera que aquél padecía.

Los periódicos que con manifiesta mo-

destia se nombran á sí propios *buenos*, ó más claro la prensa ultramontana, ha registrado el hecho con verdadera fruición, y al contarle, no se han limitado á elogiar el sacrificio de Sor Petra, por lo que tiene de humano y laudable, sino que, aprovechando la ocasión de arrimar el ascua á su sardina, como vulgarmente se dice, han pretendido demostrar que sólo el espíritu religioso puede inspirar tal abnegación.

Coincidiendo con el plausible hecho que nos ocupa, los periódicos han registrado otro análogo acaecido en el pueblo de San Asensio, provincia de Logroño. Nicolasa Ruiz se dejó cortar cinco centímetros de piel de su brazo izquierdo para conseguir la curación de una herida rebelde que padecía su cuñado Manuel Collado.

Este acto de altruismo es muy frecuente entre gentes libres de toda especie de votos religiosos, y por lo tanto, eso de establecer un incondicional matrimonio entre la fe y el sacrificio por amor al prójimo, es simplemente sacar las cosas de quicio para explotárselas en provecho de la doctrina que se trata de imponer.

Nosotros creemos que el espíritu creyente, que ciertas gentes consideran como único acicate para determinados heroísmos, resta mérito á sus actos, desde el momento que obran impulsados por la obtención del Supremo premio, como pago de sus meritorias acciones.

¿Dadas las creencias de la religiosa Sor Petra, podía ser dudoso para ella que hacía un excelente negocio espiritual, al cambiar el sufrimiento de unos minutos, por la eterna salvación de su alma? Desde luego la conducta de Nicolasa Ruiz es más digna de loa, porque al no influir en su ánimo el afán de obtener como única recompensa de su buena acción la eterna bienandanza, ha demostrado, padeciendo por su hermano político, un sublime desinterés, al par que el más acendrado amor al prójimo.

LUCAS PUENTE

Los protectores

Todo el mundo los solicita, pero nadie con tanto afán, con tan decidido empeño como este pueblo de creyentes católicos. Aquí se buscan en la tierra y en el cielo; en este último lugar especialmente.

Aparte de que cada cual tiene su santo á cuya influencia fia, más que á la bondad del cultivo, la abundancia de la cosecha, más que á las prácticas de la higiene la conservación de la salud, y más que á la moralidad y honradez, el verse libre de tratos con los tribunales de justicia, hay protectores unitarios, como Santiago, que lo es de la nación, y federales que lo son de una región, como la Virgen del Pilar, ó de una municipalidad, como San Isidro.

Y hay que ver cómo son obsequiados por sus protegidos, y el dinero que éstos se gastan para alcanzar su benevolencia.

En toda época del año, los carteles de las esquinas y las columnas de los periódicos anuncian las fiestas que á sus santos patronos dedican, para obtener

su recomendación en lo alto, ciudades, villas y aldeas.

Bailes, fuegos artificiales, veladas literarias, corridas de toros, por si el bienaventurado es partidario de la diversión nacional y admirador de la gente de coleta; exhibición de mujeres de enorme peso ó gigantesca talla, por si agrada á su espíritu puro la exuberancia de la materia, constituyen, á más de las obliga las funciones de iglesia, con derroche de cera é incienso, el programa constante de estas piadosas peticiones de protección y amparo.

Nada; que se trata de halagar al santo por todos los medios y buscarle el gusto con la diversidad de espectáculos.

Pero bien porque los protectores sean descontentadizos, ó porque á fuerza de hacer recomendaciones hayan perdido su influencia, resulta que ni las calamidades concluyen, ni los milagros hacen inútil la previsión.

A la langosta asoladora hay que combatirla con el hierro y el fuego; hay que apelar á la química para destruir la filoxera y el mildew, y son los médicos y los farmacéuticos indispensables para luchar con la epidemia.

Donde tantos celestiales protectores contamos, los desbordados ríos inundan comarcas enteras, arruina centenares de viviendas el terremoto, y barre los bosques el ciclón. España es hoy el rigor de las desdichas.

De aquí que la incredulidad, que, como dicen muy bien los periódicos católicos, se propaga con espantosa rapidez, haga cada día más prosélitos, y se busque un poco en lo humano lo que sólo se esperaba de lo divino.

Todavía, sin embargo, quedan creyentes que no desconfían de la protección del cielo, por más que prefieran la de un caciquillo político á la de un santo, como dé resultados la primera más pronto y tangibles.

En esto sí que han cambiado los tiempos de suerte, que por ejemplo, el bandido (pues no quita lo ladrón á lo creyente), que antes impetraba el auxilio de una Virgen y llenaba su altar de joyas y ofrendas, como el célebre José María, hoy se procura, mediante unos miles de reales mensuales, la ayuda de algún conservador influyente.

Más lo repito: todavía quedan muchos que confían en la protección celestial; los que viven de vendérsela á los tontos.

J. V.

Escuela católica

La buena crianza en "Hojas... jesuítas"

Lámina: Un cerdo-maestro, con antiparras episcopales, enseñando á una perra con cara de abadesa y á un perro con actitud de congregante mariano. La mano del cerdo es de jesuita. Al lado un misal.

De una Hoja publicada en Zaragoza, imp. de Cuevas Hermanos, Pilar, 1, contra el matrimonio civil, *ley del Reino*:

«Cierta bellaco profesor de Historia Natural, casado por lo civil» «casado á lo perro» «casado por detrás de la Iglesia» «propio de la raza perruna» «los

irreligiosos son perros» «se acuestan y se levantan á lo perro» «rondan, comen á lo perro» «ladran á la religión» «Sin sentido de honestidad ni vergüenza» «son extraños y degradados» «sin cariño racional», «el amor de los civilmente ayuntados al nivel del de los brutos»; «interesado como los halagos de perros que por el pan menean la cola». «Canes con figura humana... atacados de rabia... rompen el pretendido vínculo conyugal» «concubinatos legales» «Pasan la vida en perrerías y viven como perros» «y son enterrados como cualquiera perro ó rocin». «Animales inmundos.»

Esta es la manera que tienen de expresarse los clericales con las *Hojitas* que contra los liberales escriben. Compárese con la que emplea EL MOTIN, y se verá de parte de quién está la razón, la verda y la cultura.

Y en cuanto al tema, fíjense mis lectores en esto:

Es á casados *por detrás* de la Iglesia: los sobranos de Rusia, Alemania, Inglaterra, Grecia, los sultanes, los emperadores de China y del Japón, los padres de todos los conversos que no eran católicos, San José y la Madre de Cristo, San Joaquín y Santa Ana, San Pedro y su mujer... casados *sin sacramento*. Sin sacramento fueron casados desde Adán hasta Cristo *todos* los Patriarcas. Todos son perros y animales inmundos, y sus hijos, todos, sin excepción, son «hijos de perros y de perrerías».

Sírvase decirnos el señor Nuncio de Su Santidad en Madrid, si ese lenguaje *católico, bendecido é indulgenciado*, es de *perros* ó de *marranos* capados.

(Continuará).

VULGARIZACIONES ECLESIÁSTICAS

El tormento en los conventos

XV

AVISO.—LOS HECHOS.—DESDE 1880 Á 1908.—LOS DE LA ANTIGÜEDAD Y LA EDAD MEDIA EXCLUIDOS.—LOS DE LA INQUISICIÓN TAMBIÉN.—SIGLO XIX Y SIGLO XX.—EL MONAQUISMO SIGUE CAUSANDO VÍCTIMAS.—LA IGUALDAD ANTE LA LEY ES UN MITO.—EL CASO DEL PADRE ARRIAGA.—LA MONJA DE TRUJILLO.—NOTA DE UN LIBRO.—EL FRAILE Y EL JOVEN.

Es de justicia que estos artículos tengan por coronamiento una extensa relación de *hechos y casos* donde se demuestre la existencia del tormento conventual.

Después del formidable alegato que hemos presentado con la exposición de las reglas religiosas, donde está preceptuado el tormento con todos sus pelos y señales, señalemos víctimas que desgraciadamente no sólo son frailes y monjas, sino también seres desdichados á quienes su infausto destino llevó á morar bajo los claustros, cuyas piedras destilan sólo crueldad y torturas, en esas mansiones que se nos presentan como

moradas casi celestiales, donde sólo anidan la paz y la virtud y donde todo es amor, bondad, misericordia y perdón.

Me he limitado sólo á investigar casos ocurridos desde 1880 hasta nuestros días, que presentaré aquí tal como se me han ido ofreciendo, mezclados los de alumnos y asilados con los de monjas y frailes, sin guardar el riguroso orden cronológico, difícil de observar en esta clase de investigaciones.

De propósito dejo de consignar los casos ruidosísimos acaecidos en los tiempos en que el monaquismo estaba en todo su esplendor y apogeo y la sociedad le era feudataria. Los siglos XIV, XV, XVI, XVII y XVIII están saturados de pruebas inconcusas de la sevicia monacal y no existía convento sobre el cual no se susurrasen terribles historias de víctimas desvalidas atormentadas y perseguidas con saña insaciable.

Todo este arsenal queda desde luego fuera de estas páginas. Tratándose de épocas tan remotas los clericales afirmarían enseguida que eran fruto de mi fantasía.

También dejo á un lado los tormentos que se dieron en los conventos y en los que anduvo mezclada la Inquisición ó las intrigas que se derivaban de aquel odioso tribunal.

He escogido las postrimerías del siglo XIX, siglo de las luces, de la cultura, de la civilización, de la emancipación de las conciencias y de las revoluciones, y los principios del siglo XX, en que las conquistas de la ciencia y los derechos del hombre irradian por todas partes, para que se vea que, á pesar de tantos esplendores, tanta igualdad ante las leyes, tanta fiscalización de la Prensa y tanto progreso, el monaquismo sigue atormentando y cebándose con saña en sus víctimas, lo mismo que en pleno siglo XV, no habiendo pasado para él los ciclos de la Historia, pues sigue siendo lo que era y practicando lo que siempre ha practicado, constituyendo una horrenda anomalía y un contrasentido funesto en el seno de nuestras sociedades modernas, y sobre todo en España, que no sabe ó no quiere extirparlo.

Tribunales, autoridades, leyes y procesos retroceden asustados ante las puertas de un convento, independiente de toda potestad secular. Allí se hace lo que se quiere y como se quiere, ¡ay del que sea osado á dirigir el reflector de la justicia sobre sus antros. Perderá en la empresa carrera, porvenir, paz, honra y fortuna.

Brindo los hechos siguientes á nuestros esclarecidos políticos y sociólogos:

El P. Arriaga. Era este buen señor fraile franciscano, párroco de Filipinas, hombre de ideas amplias, caritativo, bondadoso y muy amado por sus filiales. Los superiores de su Orden querían por aquella época halagar al Papa Pío IX para sacarle no sé qué privilegio y ordenaron á todos los franciscanos párrocos de Filipinas que con el dinero de la fábrica parroquial adquiriesen una joya ó alhaja para enviarla á Roma. Recibió el P. Arriaga esta orden y no sólo no la cumplimentó, sino que dijo: «Tienen los pobres más necesidad de pan que el Papa de alhajas.» Y cogiendo los fondos de que disponía los repartió en limosnas á los pobres. Supieronlo sus jefes y pusieron el grito en el cielo; bajo un pretexto le mandaron fue-

Manila, donde estaba el convento principal de la Orden, y una vez allí se echaron sobre él como fieras, lo apalearon y le encerraron en el *in pace* del convento (el lector ya recordará lo que es esto) y allí le tuvieron diez meses, con el calor asfixiante de Filipinas, entre sabandijas y alimañas, matándole de hambre. Habiéndose divulgado el caso por la ciudad, tuvieron los frailes miedo al escándalo y lo sacaron de noche, y á la fuerza lo disfrazaron de obrero, llevándole maniatado á un barco, cuyo capitán le encerró en la sentina. Ya en alta mar, aquel verdugo comisionado de los frailes sintió algo de piedad y lo sacó de su encierro y lo trató mejor. Tenía orden de dejarlo en un paraje deshabitado; pero no se atrevió. Al llegar á Liverpool lo plantó en el muelle y le abandonó allí. El P. Arriaga iba sin dinero y sin documentos; una muerte civil. Desesperado, afligido, sin saber que hacer, recurrió á un pastor protestante y le contó sus cuitas; este señor se compadeció de él, le acogió, le socorrió y le pagó el pasaje hasta Barcelona.

Fué el P. Arriaga gran amigo de Prim y autor del proyecto de reforma educativa en Filipinas, enviado á Pío IX, el cual le denunció á los frailes y éstos se vengaron bien cruelmente con el infeliz, y si no lo asesinaron fué por miedo; pero en el *in pace* de Manila bien le atormentaron.

La historia del P. Arriaga se hizo pública en la prensa de 1898 y nadie la desmintió.

En el libro titulado *El Cisma en España*, impreso en Barcelona, en 1901, en la página 186 hay una nota que dice:

«De entre los muchos casos que tengo noticia, un religioso de setenta años, definidor de una Orden, me ha referido que á un párroco filipino, fraile, que, huyendo de la guerra, se refugió en el convento, para obligarle á sacar el dinero que los superiores suponían que debía tener, y que no tenía, llegaron al extremo de atarle de pies y manos con una soga (el tormento de la cuerda), amenazándole con dejarle morir de hambre si no sacaba el dinero ó descubría dónde lo tuviese.»

De esto ha habido muchos casos en los conventos de España de agustinos y dominicos con los religiosos que venían de Filipinas después de haber ejercido durante largos años el curato en aquellas ricas iglesias. Todos venían cubiertos de oro; pero, como buenos frailes, ingratos y egoístas, se lo escondían para que la Comunidad á que venían destinados no disfrutase de él. Pero, ¡á buena parte iban!, como á las buenas no podían sacarles nada, comenzaban á aplicarles con todo rigor el Código monástico por la falta más leve, les despojaban de las ropas, que miraban hilo á hilo (á un agustino le encontraron un millón de pesetas en billetes, hábilmente repartidos en unos pantalones), ó los encerraban en manicomios, y una vez despojados de su tesoro, les confiaban las cargas más pesadas, y al que no estaba, á *in pace* ó disciplina circular, ó sea una paliza dada por toda la Comunidad con la blaudura y cariño que puede suponer el lector.

A primeros de Enero de 1886 se escapó del convento de monjas de Trujillo una religiosa. El público se estremeció de horror al escuchar los torments

tos y malos tratos que la monja refirió le habían aplicado. Azotes, ayunos, encierros, pellizcos, ataduras que penetraban en las carnes, hacerle lamer el suelo, horas enteras de rodillas con los brazos extendidos en cruz, trabajar hasta caer desfallecida, sin fuerzas, etc., etcétera. Intervinieron las autoridades y se ocupó de este caso toda la Prensa liberal. Los clericales quisieron explicar y defender la cosa; pero lo hicieron débilmente. Al final se echó tierra sobre este suceso.

En el mismo año 1886, no recuerdo bien el día, ni el mes, iban por la plaza de Jesús, de Madrid, un fraile con un joven vestido de paisano. De repente el joven echó á correr; el fraile le trató y lo alcanza. Se amontona la gente, y al ver que el fraile comienza á aporrear brutalmente al joven, el público protesta.

—Me voy porque me maltratan; no quiero ser fraile. Me acujo á la ley; entré engañado y he visto cosas horribles. No quiero que me atormenten como á otros.

Gran escándalo al oír esto la gente; algunos quieren agredir al fraile. Acuden los guardias y... entregan al infeliz joven al fraile, que se lo lleva, mientras el desdichado grita:

—¡Salvadle! ¡Me matarán á fuerza de tormentos!

Como en España nadie se liberta de las garras monásticas, tampoco aquel joven se salvó. Entre los periódicos que citaron el caso están *Las Dominicales*.

—¡Pues vaya un periódico que cita usted! dirá algún neco, pasándose de listo.

Pues cito los únicos que tienen agallas para referir estos lances, que son los republicanos y liberales. ¿Vamos á esperar que nos cuenten estas cosas *El Siglo Futuro* ó *La Semana Católica*? ¡Estaríamos frescos!

Continuaré.

FRAY GERUNDIO

Cuando Laplace fundó a teoría de la mecánica celeste, habiendo a razón del movimiento y del equilibrio de los astros, Napoleón, el grande, le preguntó: —¿Y dónde está Dios en vuestro sistema?

A lo que Laplace respondió con calma:

—He tratado de buscar la razón de las cosas reales, pero no de las hipótesis absurdas.

Jesucristo y el sacerdocio

Jesús fué odiado, perseguido, acusado y crucificado por los sacerdotes y beatos por predicar contra el templo, contra el culto y contra el clero. «Yo destruiré el Templo—dijo.—El templo de Dios, hecho por sus propias manos, es el Universo. Todos sois templos vivos de Dios.»

No sólo prohibió la propiedad y riqueza de su Iglesia, sino que la declaró incompatible con la perfección.

Todo su sacerdocio consiste en «anunciar la buena nueva á los pobres», etc.

vados á la categoría de soberanos, prohibiendo á los suyos todo dominio sobre los demás. Cualquiera puede bautizar, según enseña a Iglesia; cualquiera que sepa, puede enseñar el Evangelio. No hay más sacerdocio cristiano: todos los demás ministerios son inventados por el clero para monopolizar la religión. En el Evangelio no se habla la palabra clero. La palabra *obispos*, en el Nuevo Testamento, no significa orden, ni jerarquía: sólo que significa *ancianos*. El clero cristiano no es obra de Cristo, sino de los otros cleros, judío y pagano; por esto sus costumbres y doctrinas son paganas y judaicas: por esto al que trate de imponerles la ley de Cristo o vuelven á crucificar. Lo dijo Paulo IV á los Embajadores de Venecia: «Pretender el Evangelio de Cristo equivale á arruinar la Iglesia.»

Embusteros y embaucadores

Un animal racional, con tres quintales de animal y de irracional dos maravedís, metido á escritor en Barcelona, escribe *¡en este tiempo!* el siguiente caso ejemplarísimo, mentidísimo y ridiculísimo, con la bendición del obispo Languarda y demás licencias necesarias para embaucar y mentir:

«Crónica negra»

Ejemplar castigo.—Una conocida familia residente en Villa Colón recibió hace poco una carta de Italia fechada en Marzo último, relatando el hecho de un castigo ejemplar, ocurrido en una población de aquel reino.

De esta carta entresacamos los siguientes párrafos:

«Os contaré la muerte horrorosa que me tocó presenciar. Yo tenía de compañero de cuarto y de trabajo á un tal V... Este tal tenía la pésima costumbre de dejarse llevar de la ira, y por cosas de nada empezaba á maldecir y blasfemar. Yo tenía en el cuarto una imagen de Jesús crucificado, y mi compañero algunas veces se deshacía contra él en blasfemias las más soeces. Ultimamente no le bastaron las palabras y empezó á golpear y escupir la santa imagen, lamentándose de no tener vivo entre sus manos á Jesús para matarlo de nuevo... De repente empieza á ladrar como un lobo y á rascar las paredes con las uñas con tanto empeño, que en cinco minutos había sacado casi todo el revoque; y continuando á gritar y ladrar se pone negro como un carbón y cae muerto.

De más está decir el espanto causado por esta muerte desastrosa.»

RESPUESTA

El duque de Ferrara recibió un despacho de un embajador de Roma refiriéndole la muerte de Papa.

Poco antes de morir se presentaron los diablos alrededor de la cama, y los asistentes pudieron oír esta conversación:

El Diablo.—Oye, Papa: me pediste

que te hiciera Papa por doce años, y con esta condición me firmaste con tu sangre cédula de entrega y venta de tu alma. Se ha cumplido el plazo. Yo cumplí mi palabra. Te hice Papa con simonías é intrigas políticas. Has robado cuanto has querido; has mentido, has calumniado, has difamado, has envenenado, has a ruinado, has incendiado, has fornicado á tu propia hija, has hecho cuanto se te ha aito ade: yo te he asistido siempre. Como he cumplido yo, ahora cumplirás tú: vengo á buscar tu alma.

El Papa.—No, todavía... Vete... déjame...

El Diablo.—Es inútil: conmigo al Infierno. A mí no me burlas como á Cristo.

El Papa.—No, todavía...

Y el Papa murió, llevándose con estrépito los diablos su alma. Su cuerpo quedó negro, hediondo, horrible á la vista, y de hedor insuperable. Había muerto tomando por error el veneno que haba preparado contra el cardenal Ascanio.

..

Aquello nos lo cuenta, á estilo de farsante, «una conocida familia de la Villa Colón» que nadie conoce ni sabe quiénes, y que así andará de crédito cuando no se atreve á presentarse al público. Y se cuenta en «una carta de Italia» sin fecha ni firma, á guisa de embuste. Y lo refiere un periódico ilustrado que no ha tenido tiempo de aprender que los lobos no ladran, y que no hay uñas, como no sean pezuñas de neo, capaces de levantar el revoque de una pared de diez centímetros cuadrados. Este modo de relatar embustes es propio de la *Hor-miga de Oro*, que es de donde la copiamos.

La muerte del Papa según va referida, la cuentan los embajadores de las Potencias á te el Vaticano: el Papa es Alejandro VI, abuelo de San Francisco de Borja, bisabuelo de Paulo III, padre, tío y abuelo de tres docenas de cardenales y fundador de los Ducados de Gandía, de Bisceglia, de Forlì, etc., obispo de Valencia, impulsor de la Inquisición, asesino de Sironarola y amante de Julia Farnesio y de Vanozza.

Digamos además que es: *Cristo* brujesco que volvía perros á los hombres, se parece al del Calvario que rogaba por los sayones, como se parece un clerical á un animal racional.

En nada.

Bien hecho

El Ayuntamiento de Béjar, república no, ha suprimido el *The Deum* que se acostumbraba cebrar en conmemoración de la victoria obtenida por los liberales sobre la facción que acaudillaba el cabecilla carlista D. Basilio en el año 1838.

Bien hecho. Celebrar fiestas de Iglesia á la memoria de los que vencieron

á la Iglesia es una estupidez, el colmo de la contradicción.

Felicito á ese Ayuntamiento y á todos los que de poco tiempo aquí van mermando a nuestros enemigos el pan y la sal, ya suprimiéndoles las subvenciones que otros Concejos les habían concedido, ya declarándose independientes con relación á las prácticas religiosas de carácter oficial.

El presidio de Ocaña

El plante

El hambre es la enfermedad que más contingente da á la mortalidad; y como quiera que reina constantemente en las cárceles y presidios de España, de ahí que los reclusos tengan que recurrir á la protesta colectiva (a individual no dió nunca resultado) para contrarrestar en lo posible la rapacidad de los contratistas de víveres, amparados por la indiferencia cuando no con la complicidad de algunos empleados.

El plante ocurrido en la prisión aflictiva de Ocaña el día 1.º del mes de Febrero próximo pasado, puso de manifiesto una vez más, la necesidad de terminar de una vez, cortando por lo sano, con los plante, vergüenza de nuestro régimen penal.

Que los reclusos tenían razón para ir al plante, lo demostraré en las dos preguntas que brindo al ilustrísimo señor director general de Prisiones:

Si las patatas y judías que se suministraban á los penados durante los meses de Noviembre, Diciembre y Enero próximos pasados eran de mala calidad, pues las primeras tomaban un color violáceo después de cocidas, y las segundas no se podían comer de puro crudas, ¿por qué las admitía el director del establecimiento, de conformidad con los señores que componen la Junta correccional? Y si eran de la calidad que determina el pliego de condiciones, ¿por qué se cambió de menestra después que los reclusos hicieron el plante?

Si la menestra era buena, no debió cambiarse; si era mala, no debió admitirse.

Ahora bien: si los reclusos tenían razón para protestar colectivamente; si á los que protestaban individualmente se les secuestraba en el *Barranco del Lobo*, ¿por qué razón continúan en celda de castigo, sujetos al régimen del hambre y del silencio, un centenar de desgraciados, víctimas de los contratistas de víveres y sus adláteres? ¿Es que el señor Navarro Reverter no le da importancia á los *pequeños negocios* que se han realizado en la prisión aflictiva de Ocaña, *negocios* que por mí le fueron denunciados verbalmente, en su reciente visita al Penal?

¿Que esos *pequeños negocios* no se han realizado durante su mando en la Dirección? Conformes; pero como se van á construir nuevos talleres y unos

cuantos millares de camas, y en esas construcciones han de intervenir los mismos señores, de ahí que los presos crean que piensa el Sr. Navarro Reverter dejar las cosas como las ha encontrado al hacerse cargo de la «Covachuela...»

Nada más por hoy.

ANSELMO SANTA CATALINA

Madrid 8 Mayo 1910.

Un fraile entra en el comedor de una casa donde está convidado á comer, y al contemplar la mesa espléndidamente servida y después de leer el «menú», exclama lleno de satisfacción:

—¡Valiente indigestión voy á tener yo mañana!

Fabricación de niños y de madres

Por lo visto la *Gaceta* ha sorprendido á los venturosos españoles con unos reglamentos ordenados al cultivo de niños y de madres. Ambas artes se llaman al parecer *puericultura* y *maternología*.

..

Por ahí parece que debiera haber comenzado la sociedad humana: pero... ¡Benditos sean los Estados casados con la Iglesia! Suya es la milicia permanente, ó sea el arte de matar los hombres; y suya la invención de la gran virtud del celibato, ó sea arte de matar el padre en el varón y la madre en la hembra.

El un arte mata los malos, presentes; el otro mata en los buenos presentes, los buenos futuros.

A ambas campañas destructoras destinamos los españoles unos quinientos millones de pesetas del presupuesto general del Estado.

El Estado español, más culto, más sabio, más moral, más político y más perfecto que otro alguno, conserva los estados sexuales de legitimidad ó ilegitimidad: viuda, casada, soltera y meretriz. Y además sostiene con las sabias razones del sapientísimo Consejo de Estado y con la respetabilísima sanción de los excelentísimos diputados y senadores, el *tercer sexo humano*: el sexo celibatario, como el preexcelente de la moral española.

Cuarenta mil púlpitos y cuatrocientos mil confesonarios costea el Estado español, en actividad continua, predicando, enalteciendo y enseñando la *ge-nofobia*; él costea seminarios y noviciados donde se adiestra á los alumnos y alumnas en la gimnasia física y moral de matar el instinto paternal y maternal; á los que salen perfectos en el arte, les eleva á las mayores alturas: tienen entrada preferente en los palacios y ministerios, gozan de rentas y privilegios perpetuos; son exentos de tributos de sangre y de dinero; y luego les eleva á los altares. El Estado español es antropófobo.

Su moral es antropofobia. Obispos, predicadores, boletines, revistas y periódicos católicos ensalzan continuamente la antropofobia del celibato. Celebranse fiestas infantiles en que se en-

seña á los niños á profesarla; para cultivar ese vicio feroz, se rebuscan artificios, solemnidades, aparatos, embelecios, farsas, leyendas y mentiras; y esta es la moral oficial de España, y la moral por excelencia.

¿La maternidad? Cállese el Estado español: según su moral oficial y según sus leyes, la maternidad por sí sola es un pecado religioso, una infamia civil y una ilegitimidad. Esto dicen sus leyes fundamentales. La misma maternidad legítima es una imperfección moral y religiosa. El español excelso y perfecto es el macho castrado; la mujer española por excelencia es la estéril voluntaria; la que ofrece á Dios la maldición de la maternidad, esa virtud, negación de todas las virtudes de mujer, llamada virginidad y dentro de cuya cáscara está envuelta la matanza previa de los hijos.

..

¿Con qué autoridad ese tal Estado se entremete á hablar de puericultura y maternología? En mi libro *¿Quieres ser buen Padre y buena Madre?* trato por extenso algunos de los problemas ético-jurídicos referentes á estos asuntos. La prensa clerical amenazó á la casa Balleire con el boycott de todos sus libros por haberlo editado. Las condenaciones que le dedicaron Boletines y Revistas clericales, eran costeados por el Estado español; el libro fué calificado de inmoral; y así en España es una inmoralidad oficial la cultura de la paternidad y de los hijos.

Y en tanto que en sus Códigos subsista el menor rastro de aquellas leyes genófobas y biófobas, el Estado debe abstenerse de legislar sobre estas materias en todo otro sentido.

No venga á engañar al mundo. La Gaceta, que jamás dió una ley que tendiese directamente á cerrar las fuentes de la prostitución, es la que la infama. Allí se encuentran los anuncios judiciales, vergonzosos, asquerosos y degradantes, en que los jueces emplazan á fulana ó á zutana, prostituta de oficio, exhibiendo á la vergüenza nacional el pudor de la mujer. El juez no se cree obligado á examinar las causas que llevaron á la prostitución á la desventurada mujer española. No examina si es el Estado el culpable de su desgracia por no haberla educado en otro oficio; ni si los padres han sido retenidos en la miseria por la usura del favorito del Estado, para que la miseria la obligue á poner á pública subasta el calor de sus entrañas; ni examina si en el colegio se le despertó el instinto erótico; ni si el hijo del magistrado ó quizás el propio ministro la llevó á la prostitución después de haberla deshonrado: nada de esto interesa al juez; ninguna de estas infamias son oficiales para la Gaceta: la única infamia es la última, la de la indefensa mujer.

El Código declara legítimo el matrimonio civil, y, sin embargo, el Estado paga sueldo y costea los Boletines en donde se llama contubernio al matrimonio autorizado por el Estado. Los gobiernos abandonan los que le fiaron la custodia de su honor y depositaron en ellos el respeto de sus esposas y de sus hijos, que se ven insultados por obispos y charlatanes.

..

No; no sueñen los gobiernos en profanar con protecciones escarnecedoras las instituciones de que blasfeman. La maternidad es maldita.

¿Y los niños?... ¿Qué diremos de los niños? Ahí están los hijos del Estado en los hospicianos.

Los reglamentos están confeccionados de modo, que, en vez de resultar en beneficio de los hijos, resultan en su maleficio. El hospiciano está secuestrado á la humanidad y á sus mismos padres. ¿Qué de requisitos, qué de ceremonias necesita el bienhechor para hacer llegar su protección al acogido! Entre éste y la humanidad se interpone la valla del Estado, la trinchera de la Diputación, la otra trinchera de las Hermanas. No se consideran administradores y tutores, sino dueños; y tal van las cosas de algunos hospicios, que más que casas de protección resultan de verdadera explotación de la infancia. Al arrimo de los hospicianos, siempre pobres y siempre miserables, se enriquecen Hermanas y abastecedores. ¿Queréis saber el paradero de un expósito? No lo intentéis; nadie tiene derecho á saberlo fuera de los empleados y Hermanas, cuyas virtudes tutelares no han sido sometidas á examen.

¿Y las casas de maternidad? El escándalo de los escándalos. Las sores, renegadas de la maternidad, se consideran diosas-soberanas ante las mujeres-madres.

Nada digamos de las lactancias oficiales. Vulgarísimo es el dicho de haber escritores y marqueses arruinados que cobran como amas de cría... En fin: lo ignominioso entre lo ignominioso.

..

A este tenor debe continuar el Estado-católico el cultivo de madres y de niños: á lo Hospiciano, á lo Inclusero.

Sobre la madre legítima hay que colocar la monja y la beata: es ley religiosa. Sobre la madre natural infamada é ilegitimada, hay que colocar la madre legítima.

..

La simple maternidad, á la mujer española le sirve sólo para infamarla, avergonzarla y agraviarla: el ser simplemente hijo y ser simplemente español, sirve á los hombres para ser hospicianos, cargando sobre esa palabra todo el odio é ignominia que vierte sobre el hospiciano la santa, católica y beata moral «oficial».

..

Mientras la monja, con sólo ostentar su título de esterilidad voluntaria sea preferida en las casas de los ministros y soberanos, y mientras el Hijo en brazos de la Madre no sea tarjeta bastante de presentación para acreditar el derecho á la vida honrosa, el Estado español debe abstenerse de todo intento de protección aparente, que sirva de hoja de parra para tapar esas vergüenzas de la realidad. ¿A subvencionar monjas y á costear criaderos de célibes! ¿A cultivar la antropofobia!

¡Vivan los frailes y monjas! ¡Abajo las madres! Esta es la inscripción que debemos poner en el mástil de nuestros buques almirantes y en la linde de nuestras fronteras. Y al leer esto, todo el mundo entenderá:

«Esta es la enseña moral y religiosa de la nación católica.»

RICARDO MAYOL

Bibliografía

Hemos recibido del Atlas Geográfico Pedagógico de España los cuadernos 8 y 9, que corresponden á las provincias de Jaén y Cuenca. Todos los mapas están trazados por el ingeniero D. Benito Chías Carbó, y otros cartógrafos. A cada cuaderno acompaña un texto en el que se hace una descripción detallada de la provincia á que pertenece.

Las hojas mapas, hechas con tanta sencillez como perfección, no solamente sirven al alumno para trabajar sobre ellas, sino que pueden también servirle de modelo para reproducir en otro papel los mapas con todos sus detalles.

Cada cuaderno vale cincuenta céntimos de peseta, y á los que adquieran toda la colección, para lo cual se acompaña el correspondiente cupón, se les regalará un hermoso mapa de España y Portugal, tamaño 75 por 100 y escala de 1:1.500.000.

..

También hemos recibido los cuadernos 27 y 28 de la Crónica de la Guerra de Africa, ilustrados con profusión de grabados; en el primero se finaliza la narración de los sucesos ocurridos en Cataluña, publicándose la estadística de los detenidos, muertos y heridos que hubo en Barcelona durante la revuelta, continuándose la narración de las operaciones en el Rif en los primeros días del mes de Agosto, servicios prestados por los globos, y la marina de guerra, organización del ejército de operaciones y arduos de los rifleños.

Los pedidos de ambas obras pueden hacerse al editor Alberto Martín, Consejo de Ciento, 140, Barcelona, ó en las librerías y centros de suscripciones.

..

Con el título de *Manual de Clases pasivas Civiles y Militares* acaba de publicarse un nuevo volumen de la importante «Biblioteca de Gaceta Administrativa».

En sus 1.016 páginas aparece cuidadosamente expuesta y seleccionada con la competencia proverbial en la ilustrada Redacción de nuestro colega, la casística y contradictoria legislación sobre las diferentes clases de pensiones de viudedad, orfandad, retiro, etc., y además, un copiosísimo repertorio de Jurisprudencia gubernativa y contenciosa y los más interesantes acuerdos del Tribunal del Ministerio de Hacienda.

Todos estos elementos de indispensable conocimiento para los particulares interesados, Agentes de Negocios, Abogados y funcionarios encargados de la tramitación y resolución de los expedientes, van convenientemente rotulados para su más fácil consulta, facilitándose su busca y referencias mediante dos detallados índices, cronológico el uno y analítico de materias por orden alfabético el otro.

Véndese esta obra al precio de ocho pesetas ejemplar en las principales librerías y en la Administración, Leganitos, 54, Madrid.



Los crímenes del Carlismo

(CONTINUACION)

obliga á empuñar otra vez las armas, como mañana lo haremos para batirnos contra esos secuaces de la Inquisición y morir en defensa de las libertades patrias.

Tirso Lacalle.—Miguel Caro.—Román Apesteguía.—Cruz Apesteguía.—Bartolomé Apesteguía.—Francisco Apesteguía.—Dionisio Urbe.—Bernabé Saldini.—Victoriano Irigoyen.—Nazarío Esparza.—Anselmo Iriarte.—Ruperto Sáinz.—Deogracias Imaz.—Felipe Ezcurra.—Ángel Lázaro.—Florencio Hernández.—José María Arraiza.—Julían Arraiza.—Tiburcio Pardo.—Inocencio Esparza.

RELACION NÚMERO 1.—MUERTOS

Cándido Tabar (deja tres huérfanos).—Ángel Vergara (viuda y tres hijos).—Joaquín Aizaleta y Eugenio Arizaleta (hermanos solteros).—Germán Apesteguía (soltero, madre, hermanos).—Raimundo Apesteguía (deja una viuda).—Hermenegildo Mendigacha.—Ángel González (viuda y madre).—Tadeo Apesteguía (viuda é hijo).—Antonio Pérez (viuda).—Joaquín Iriarte (viuda y seis hijos).—Cristóbal Tarazona (viuda é hija).—Domingo Mugueiro (hermana).—Justo Cerio (viuda).—Bernardo Larre (viuda é hija).—Laureano Irigoyen (viuda y padre).—Florencio Iriarte (viuda y cinco hijos).—Martín Echevarría (viuda é hijo).—Juan Azcárate (padres y tres hermanos).—José Apesteguía (viuda).—Martín José Apesteguía (madre é hijo).—Severiano Ramírez (viuda, dos hijos y madre).—Ramón Echarri (dos hermanos).—Santiago Jarauta (sobrina).—Patricio Goñi (viuda y tres hijos).—Ángel Yabar (viuda y dos hijos).—Polcarpo Manso y Matías Manso (padre y hermana).—Juan Moreno.—Matías Urrea (viuda y dos hijos).—Trifón Aróstegui (viuda y cuatro hijos).—Matías Urmeneta (viuda y tres hijos).—Toribio Andueza (padre y hermano).—Benito Vera, alcalde de Estella (viuda é hija).—Agustín Raura (soldado del regimiento de Sevilla).—Esteban Garraza (viuda).

RELACION NÚMERO 2.—VIVOS

Tirso Lacalle.—Miguel Caro (herido).—Cruz Apesteguía.—Bartolomé Apesteguía.—Román Apesteguía (herido).—Francisco Apesteguía.—Nazarío Esparza.—Ruperto Sáinz.—Inocencio Esparza.—Ángel Lázaro.—Deogracias Imaz.—Felipe Ezcurra (herido).—Bernabé Saldini.—José María Arraiza (herido).—Victoriano Irigoyen.—Narciso Abarzuza (herido).—Cipriano Seminario.—Anselmo Iriarte.—Tiburcio Pardo.—Deo-

gracias Espila (herido).—Dionisio Urbe.—Julían Arraiza.—Martín Vidaurre (herido).—Florencio Hernández (herido).—Benito Goñi (herido).—Miguel Lortal.

Hasta aquí el parte del que, después de asistir á esa matanza, llegó á ser el guerrillero más célebre de la guerra pasada. Sus bravos compañeros de Cirauqui fueron bien vengados por él.

Cuando los carlistas vieron el grito de indignación y horror que lanzó España ante hazaña tan salvaje, trataron de atribuírsela á las turbas de Cirauqui y pueblos circunverinos. Empeño inútil y táctica conocida. Ya sabemos que don Carlos había ordenado que se hiciera guerra sin cuartel, y que, aparentando que era contra su voluntad y la de los jefes que mandaban las fuerzas, se asesinase á todos los *facinerosos* liberales.

Los asesinatos de Cirauqui caen sobre la frente de Dorregaray, que, á pesar de proceder del ejército, se colocó al nivel de Santa Cruz y Rosa Samaniego.

EN ESTELLA

Sabemos ya que á la entrada del invierno de 1872 se inició la segunda rebelión carlista (la primera fué ahogada en Oroquieta fugándose cobardemente D. Carlos), apareciendo al frente de la chusma en los primeros días de Oscariz, el asesino del brigadier carlista Cabañas en 1839, Rosa Samaniego, educado en los presidios, y Aldea, fugado del de Cartagena.

La flojedad en la persecución, dice el escritor y patriota D. Cesáreo Montoya, autor de un notable folleto publicado en Junio del 74 en Tafalla, y el cual copio casi entero á continuación, los desaciertos y el abandono de las autoridades liberales suplieron los defectos de que la insurrección adolecía y envalentonaron á sus promovedores, induciéndoles á inaugurar un sistema de feroz agresión y latrocinio, y fusilando ya á algunos conductores de pliegos en los últimos días de Diciembre.

PRIMEROS ASESINATOS

Los portadores de la comunicación oficial más insignificante, aunque lo fueran por inexcusable cargo vecinal, eran las menos veces fusilados, las más apaleados hasta que morían; personas desconocidas que encontraban los carlistas en los caminos, desaparecían para siempre; los sospechosos de espionaje (y bastaba que por tales los tuviesen la suspicacia de un fanático ó el deseo de venganza de un enemigo personal), morían lapidados, después de horrible agonía, en simas como la de Igúzquiza; los ríos escupían cadáveres putrefactos; débiles

mujeres aparecían asesinadas, y á muchas les cortaban la cabellera por delitos tales como el de visitar á sus hijos ó sus maridos refugiados en puntos ocupados por los liberales; llegando á ser tan usual esta salvaje mutilación, que antes se encontraba en las encrucijadas á un bandido de Rosa Samaniego Aldea, Idoy, Latasa ó Zugasti sin fusil, que sin descomunal tijera en el cinto.

Añádanse á esto amenazas terroríficas, exacciones violentísimas en metálico, caballerías y frutos, cuantiosas multas impuestas por un gesto desabrido ó una frase equívoca, y se comprenderá que dominaran pronto por el terror en toda la parte del suelo navarro no amparado por las bayonetas liberales; y como las guarniciones y las columnas de éstos observaban conducta opuesta, se explicará también el por qué carecían de confidencias, apenas encontraban raciones y tropezaban á cada paso con dificultades para perseguir á los facciosos.

Por esto consiguió el carlismo convertir á su devoción, de grado ó por fuerza, toda Navarra; exterminar, anodadad ó impedir á ruinosas emigración al que no secundase sus intentos, encallar hasta la barbarie el corazón de sus secuaces, avivar hasta la ferocidad su fanatismo haciéndoles creer que era propicio á Dios el asesinato de un liberal, consiguiendo, en fin, con cadáver y ruinas, con lágrimas y sangre, levantar el pedestal de su funesta dominación y criminal poderío.

PROPOSICIÓN INDIGNA.—DIGNA RESPUESTA

Así las cosas, el 7 de Marzo de 1873 dirigió Dorregaray desde Muneta una carta al comandante militar de Estella, D. Francisco Sanz, indiciándole que levantara pendón por Carlos VII; y Sanz, liberal á prueba de martirios, héroe en tiempo de Mina y con un corazón cerrado á la flaqueza, encendido en noble ira al ver que alguien lo juzgaba capaz de una cobarde felonía en el hecho de proponérsela, dió la siguiente contestación:

«Estella 9 de Marzo de 1873.

Sr. D. Antonio Dorregaray.—Muy señó mio: A la insultante carta que me dirige usted desde Muneta con fecha 7 de los corrientes, y que en este instante acabo de recibir, voy á contestar con ruda y militar franqueza.

Si, según expresa usted, las noticias que ha procurado adquirir de mi persona le prueban que soy un caballero, debían probarle que soy ajeno á toda villanía, y que sólo el proponérmela, como usted me la propone insidiosamente, ha-

(Continuará.)

(FOLLETÓN 53.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

POR
OFFENBACH

del animal, y en un papel se leía escritas con una letra grande é irregular, estas palabras: «Rafael Molina (Lagartijo) no vuelve á tomar nunca lo que una vez ha ofrecido á sus amigos.»

Todo esto es muy interesante; pero como en Madrid, á pesar de sus grandes deficiencias municipales, no es permitido poner caballos muertos en las aceras, ¿cómo se ingeniaría «Lagartijo» para subir sigilosamente la yegua asesinada al piso de «Frascuero», y cómo se las arreglarían los otros vecinos para pasar por encima del animal hasta que «Frascuero» saliese á tropezar con él?

CAPÍTULO XXX

DE CÓMO, SI LEVANTAR DEMASIADO LA PIERNA EN EL BAILE ES INDECOROSO, NO LEVANTARLA BASTANTE ES MÁS INDECOROSO TODAVÍA.

Quizá el mejor obsequio que nos hizo en España el sabio Zaratrusta fué organizar, con otros amigos, una fiesta íntima en que pudiésemos ver y conocer, como vimos, y conocimos y admiramos, el baile «de la tierra», el legítimo baile andaluz.

Los otros comensales eran cuatro, y Zaratrusta nos presentó á ellos — diciendo:

—El señor Offenbach, distinguido historiador alemán, próximo pariente del grande y popular compositor del mismo nombre, muy aficionado á nuestro país y á nuestro pueblo, y que llegará á saber de la monarquía española tanto ó más que su pariente sabía del gran ducado de Gerolstein.

Después fué haciéndonos sucesivamente la presentación de los otros señores, que eran, al tenor de lo que nuestro sabio y buen amigo iba diciendo: un íntegro rabioso, á quien para meter en cintura al liberalismo la misma Inquisición le parecía poco; un periodista, muy buen escritor, que, llamándose Ventero, se hacía llamar Ventoso para dar á su nombre, á la vez que matiz libre-pensador, aire francés; el doctor Pozo, antropólogo, fisiólogo, neuropata, psiquiatra, naturalista y criminalista, al que, por esto, Zaratrusta llamaba el «doctor

Pozo de Ciencia»; y Pepe Bona, un carlista muy raro, un carlista extraño, un carlista sincero y nada tonto, pero tan arrable y bien intencionado, que sus amigos generalmente le decían el «señor de Bona Fide».

El caso fué que, ni por la presencia de Soledad, una bailadora, se hubiera podido sospechar en un gran rato que allí iba á hacerse más que tratar y discutir de política y ciencias y literatura y arte; pues hasta el momento del café apenas habíamos de otra cosa.

La hermosa Soledad, una rubia muy rubia, y muy blanca, y muy salada, que comía poco y no bebía mucho, en cuanto tomó un bocado, echándose una servilleta al hombro, se puso á servirnos bromeando, y á lo mejor salía con alguna ocurrencia de las suyas que nos venía á recordar á todos que no era precisamente para arreglar el mundo para lo que estábamos allí á media noche.

Primero aquellos señores dieron en ponerse acertijos, «acertijos sabios» como Soledad decía. ¿Cuál es la palabra más cortesana ó más servil del idioma castellano? ¿Dónde ó cómo se prueba mejor en física el conocido refrán de que «quien mucho abarca poco aprieta»? ¿Cuál es el río cuya corriente, en vez de bajar, sube? ¿De qué grandes penínsulas se puede decir que están en erección ó á contrapelo? Estos y algún otro así fueron los acertijos. Y la palabra «jamás», que, teniendo por oficio negar, en cuanto se le acerca el poderoso «siempre», afirma; la imantación del hierro y del acero, de los cuales este admite poco magnetismo, pero lo retiene largo tiempo, mientras que aquél toma mucho con facilidad, pero con más facilidad lo pierde enseguida; el río Mississippi, que desde que nace se va alejando cada vez más del centro de la tierra, hasta hallarse en la desembocadura unos miles de pies más alejado de él que en su origen; y las penínsulas de Jutlandia y de Yucatan, que avanzan ó miran hacia el Norte, cuando todas las otras lo hacen hacia el Sur, eran las respectivas soluciones de los cuatro acertijos apuntados.

Después el íntegro, un señor Nogal, hablador, bromista y agresivo, y no mal pertrechado de saber é ingenio, mostrando una ostra que tenía en la mano, se arrojó por decirlo así, al Pozo de Ciencia, diciendo:

—Aquí hay una ostra, y ahí un sabio. Pues bien, señores; si nos detenemos á comparar la corta añadidura de conocimiento que pudiera necesi-

tar la ostra para comprender con claridad lo que siempre está temiendo por instinto, que su destino es ser pasto de alguien, con lo que haría falta para que el sabio llegara á comprender que con toda su ciencia y su valer no ha de estar simplemente destinado á servir de alimento y solaz á unos gusanos, veremos que, en realidad, entre el sabio y la ostra, quien tiene más conciencia de su propia naturaleza y destino es la ostra.

—¡Los judíos!, decía melifluamente Pepe Bona en otra ocasión en que se llegó á hablar de las persecuciones de que todavía son objeto en muchas partes los israelitas. Nosotros, los españoles, ya resolvimos hace cuatro siglos el problema.

Y cuando se le preguntó que dónde iban á meterse esos perseguidos, si en los demás países se hacía con ellos lo que hicieron los españoles, exclamó: «¡que se vayan á otro planeta!» Lo cual mostraba que el bueno de Bona llevaba las expulsiones mucho más allá que los reyes católicos, y le valió que Zaratrusta le dijese por lo bajo: «¡que ensñas la oreja, Pepe!» Mas por lo visto Pepe era de la opinión del autor de una guía de Segovia que dice: «Poco después de la conquista de Granada, considerando las tropelías que los judíos causaban en estos reinos, expidieron los reyes católicos el decreto de su expulsión. Entonces los de nuestra ciudad, que ocupaban el barrio llamado Judería... salieron expulsados á la cuesta del Osario, hoy de los Hoyos, viviendo en las mismas sepulturas en que yacían sus abuelos, esperando en vano la orden de suspensión de su salida. Muchos se convirtieron, pero la mayor parte, obcecados en sus errores, dieron el último adiós al país que los vio nacer, y fueron á regar con sus lágrimas tierras extrañas. ¡Terrible efecto de la cólera divina!»

¡La cólera divina! ¿Has visto mi garbo?, preguntaba al groom la presuntuosa amazona que había vuelto á montar airosamente después de caerse y de habérsele subido las faldas hasta el cogote. — ¡Lo he visto, señora; pero no sabía que se llamaba así!, contestó el groom.

De cuestión en cuestión fueron aquellos señores á dar en la literatura, especialmente en el género naturalista; y á los discípulos de Zola, á quienes sólo defendía el doctor Pozo, y esto muy tíbicamente, los pusieron como nuevos.